LAS DOS CONDESAS

DRAMA EN TRES ACTOS Y TRES CUADROS

POR

DON JUAN RIERA Y BUSQUETS.

GERONA:

Imprenta y Libreria de Paciano Torres

Plaza de la Constitucion.

1860

Es propiedad del autor quien persiguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso.

PERSONAJES.

D. Alonso Conde de Lemos.
D. Sancho Conde de Monterrey
Mmaro.
Pedro.
Rodrigo.
Enrique.
Mauro.
Clodio.
Tristan paje de D, Sancho.
Un criado de D. Alonso.
Maret esposa de D. Sancho.
Ildara esposa de D. Alonso.
Isabel hermana de Mauro.
Arqueros.

La accion pasa en Galicia, en el siglo XV.

717767

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Sala cuadrada con puertas laterales practicables en el castillo de D. Alonso, en cuyas paredes y en el centro de cada cuadrado, penden espadas, cascos, corazas, lanzas y armas de todas clases. En el fondo una mesa de madera toscamente labrada con unos cuantos sillones de vaqueia al rededor, y unas botellas y copas. Del techo pende una linterna, cuya débil luz, indica la oscuridad de la propia sala. A la izquierda del actor, un banquillo.

Escena primera.

DON ALONSO *por la derecha.*

Despues de celebrada mi boda con un angel, con una hada, que el cielo me ha proporcionado y que me hará el mas feliz de los mortales, no sé que señal de triste presagio oí desde la almena. Si; aquella balada triste y fatídica cuya voz salia de entre las ramas de los álamos negros, vino á conmover mi alma y á llenar de melancolía á mi corazon. ¡Que estrofas!.... ¡Que predicciones!.... ¡Dios en su divina misericordia no permitirá que el canto perverso de un trovador, tenga el tono profético!.... Todas concluian con las infernales y terribles palabras, de.... «¡Reid y gozad,-que ya amanece el dia-y esas luces de alegria,-luces de sangre serán! ...» ¡Oh divina providencia! ¡en tí deposito mi confianza y mi porvenir, mi descanso y mi gloria! ¡Que me ha de suceder!.... ¡Tu velerás por la felicidad y bienestar de mi condado, y prevendrás á mis vasallos el respeto y fidelidad que me deben!... ¡Ay de aquel que traidor sea! ¡que pronto la cuchilla del verdugo caeria sobre su cabeza!.... ¡Oh, si!.... «y esas luces de alegria,-luces de sangre serán! ...»

Escena II.

CRIADO *desde la puerta de la derecha con un pliego en la mano.*

Criado. Señor; un correo del conde de Villalba, me ha entregado este pliego para vos.

D. Alonso. ¿Hace mucho?

Criado. En ese momento.

D. Alonso ¿Nada mas ha dejado encargado?

Criado. Nada mas, señor.

D. Alonso. Bien; deja y retírate.

Criado. *(Entregándole el pliego, saluda y vase.)* Tomad, señor.

Escena III.

DON ALONSO.

Veamos, que dice. Tal vez sea otra balada, que otro trovador haya cantado. Así estaremos fuera de dudas. *(Abre y lee)* «Mi querido conde: mis pronósticos sé realizan. La revolucion ha estallado de un modo fuerte y vigoroso, y están á su cabeza un Mariscal y un Vizconde indignos de pertenecer á la alta nobleza de sus antepasados. Avanzan osadamente por todas partes molestando con preferencia á todos los señores poco fuertes sitiándoles rigurosamente, y al grito de, «¡Viva el pueblo!» les hacen sucumbir dándoles despues una atroz muerte con saña fiera y vil, ademas del saqueo escandaloso robándoles cuanto al paso encuentran. Los revolucionarios han tomado el nombre de, «Los hermanos de Galicia.» El cuadro que presenta es el mas triste y desolador que jamás se os habrá presentado á vuestra vista, é inducido por la estimacion y aprecio que os tengo, he creido de mi deber mandaros con toda urgencia ese mensaje para que no os dejais sorprender, veléis por vuestros vasallos y vos, y preparéis vuestro ejército para defender vuestro castillo y derechos feudales. Contad conmigo, mis arqueros, y ¡Dios esté en pró de nuestra santa causa! Salud, honra y valor. «Conde de Villalba.» ¡Ah infames! ¡caro os costará el desliz!.... ¡Yá no es un trovador, es un hermano de Galicia!. «¡y esas luces de alegria,-luces de sangre serán!....» ¡Luces de sangre deben ser! ¡luces de esterminio y venganza! ¡luces que por su luz y escesivo calor.... secarán un dia el corazon y el alma, y le dejarán . . se-

diento de sangre humana !.... Entonces y en aquel dia , os postra éis á mis piés pidiendo perdon , implorando clemencia y.... no la hallará el traidor! ¡ Apelareis al cariño de mi esposa para que sea vuestra intercesora, y encontrará seco el corazon por las «¡ luces de sangre! » ¡ Cantad otra balada!.... ¡ cantad! (*Vase*)

Escena IV.

AMARO, PEDRO, RODRIGO y ENRIQUE, *por la izquierda.*

Amaro. ¿Habeis visto á D. Alonso al pasar por la galeria del castillo, que ajitado y pálido caminaba?... Cualquiera diria que le abruma algun funesto pesar, que es víctima de algun percance.

Rodrigo. ¡ Sí, voto al diablo! no me ha pasado desapercibido.

Enrique. Alguna de sus manías, ¡rayo de Dios!

Pedro. Algun desdén de su amada Ildara.

Rodrigo. Todo lo definés á son de falda, Pedro. Todo te parece que es ella la causa, y no es estraño. Como eres el mas hermoso, has llegado á creerte que todas las mugeres se han de prosternar ante tí, como esclavas. Además, como no piensas en nada sino que te sirven de blanco en tus sueños de rosa, repito que....

Todos. Já !.... já !.... já !.... já !....

Amaro. Te esplican una verdad, Pedro, y no hay que enojarse por ella

Rodrigo. Mirad, que sobre la mesa nos espera aquel que sabe ahogar dulcemente los pesares, y hacer olvidar las causas de las damas.

Amaro. Tiene razon, Rodrigo. Allí están las botellas y las copas; con que, vamos á probar si nos produce el saludable efecto de olvidar. *(Coje una botella, llena una copa, y bebe)* Á la salud vuestra camaradas.

Enrique. ¡ Ira de Dios!... ¡ fuego del cielo! ¡como se las absorve una trás otra, Amaro! ¡ Eh !.. guarda para los demás, y tén prudencia, mozalvete.

Amaro. Aquel que primero llega, aquel la pega. *(Vuelve á llenar la copa y bebe.)*

Rodrigo. Tambien queremos disfrutar de tus delicias, Amaro. (*Acércanse todos, llenan las copas y beben.*)

Pedro. ¡Eh !.... ¡ eh ! Amaro: bebes mas que la tierra en un estío de sequía, como si prometieras mecer en lo mas profundo de tu copa, el dolor de las penas que te aflijen y atormentan.

Amaro. Podemos alargarnos la mano. Pues, si resisto al fuerte sentimiento por la pérdida de mi adorada Inés, tu fuerza de voluntad es nula para soportar los desprecios de... de....

Rodrigo y Enrique. El nombre; sepámos el nombre.

Amaro. No puedo : me está vedado.

Enrique. ¡Pronuncia el nombre de la que tiene el corazon de hierro, y resiste sin sentir una palpitacion, las volcánicas miradas de Pedro!

Rodrigo. Del más buen mozo de todos nosotros.

Enrique. ¡Sí... sí! del mejor mozo de todos los hidalgos.

Amaro. Si insistís á que haga una declaracion perjudicial á.... repito que me está prohibido.

Rodrigo y Enrique. ¡El nombre, el nombre! ¡ó vive Dios! que.... (*Amenazando tirarle las botellas.*)

Pedro. (*Poniéndose al lado de Amaro con la espada desnuda*) ¡No lo dirá!... ¡no lo dirá!... ¡Y si se atreve á descubrirlo le paso el corazon de una estocada, como á un villano!

Enrique. ¡Por última vez, el nombre de esa muger desconocida!

Pedro. ¡Tu empeño es vano, tu deseo tonto, y tu curiosidad loca, Enrique!... ¿Que partido te propones alcanzar, con saber quien és? ¿que proyectos de conquista puedes formar, siendo tan feo? ¿que te importa su nombre ni su gerarquía, si ni tus oidos han de percibir, ni tus ojos esperimentar ni aun por el mas sencillo deber del cumplido social, tu admision? ¿ quieres lograr bajo el velo de una de tus farsas añadir en tu historia amorosa paraque nos vengas à contar en otro jueves, otra conquista degradante, toda vez que las llevas á cabo por medios no escritos como la intimidacion, el dolo y la fuerza?... ¿que piensas, que quieres?

Enrique. Tus palabras no me dañan, Pedro : porque están dichas con motivo de una fuerza superior que te domina y sujeta. ¡Lo quiero... yá lo he dicho... y por últimatíssima vez lo repito!... ¡saber el nombre!

Rodrigo. Justamente. Y yó... lo mismo.

Amaro. Permitidme tomar otra copa, y os contestaré. (*La llena y bebe*)

Pedro. (*Dirigiendo la punta de la espada al pecho de Amaro, en ademán de atravesarle*) ¡Desgraciado, si lo profieres! ¡que fine el mundo para tí!

Amaro. Tampoco.

Enrique y Rodrigo. (*Con las botellas levantadas*) Cuando con amenazas no se satisface una peticion, debe trasladarse la amenaza al hecho, ó re-

currir al ruego ó súplica. ¡Y rogar á un cobarde, es la humillacion mayor, y se le ruega de esta manera! *(Le arrojan las botellas sin darle, estrellándose contra el suelo.)*

Amaro y Pedro. *(Dejándose caer en el suelo)* ¡Santo Dios!

Enrique y Rodrigo. Já!... já!... já!... já!... Han cedido à la sola fuerza del aire de las botellas, pues, ninguna les ha tocado el pelo. Já!... já!.... já.... já...

Amaro y Pedro. *(Alzándose con rapidez, mirándose un momento hito á hito con Enrique y Rodrigo)* Ja!... já!... já!... já! .. ¡Que susto han creido darnos!... ¡Infelices! .. já!... já!... já!... já!...

Enrique. Es imposible nuestra enemistad.

Amaro y Pedro. Esta, se perdona.

Rodrigo. ¡Diablos!. .. ¿Porque no se venga Pedro de su ingrata á igual que Enrique se venga, cuando despues de haber abierto las puertas de su corazon á una dama, se lleva por toda contestacion que no le entiende?

Pedro. Porque no soy tan feo, y no me veo en la precision de apelar á medios tan horribles y detestables como Enrique.

Amaro y Rodrigo. Já!... já!... já!... já!... ¡Bravo! ¡bien, bien!

Rodrigo. Si fuera tan espantoso como él, no saldría sino á merced de la oscuridad.

Amaro. Yó me mandaría enterrar vivo, ó me ahorcaría del árbol mas alto que encontrara en la alameda.

Enrique. ¡Sin embargo, y á pesar de llegar mi fealdad hasta el punto que decís, ninguno de vosotros es capaz de triunfar en menos tiempo que yó, de la dama mas altanera, orgullosa, coqueta, encapotada y desdeñosa!

Pedro. ¡Voto á sanes!.... ¡por vida del cielo!.... ¿porque?.... ¿por tu galantería.... por tu porte.... por tu donaire.... por tu graciosidad, ó porque? ¿dí?.

Enrique. Por nada de eso.

Pedro. Porque las robas si se niegan.

Enrique. ¿Nada más?

Pedro. Nada más.

Enrique. Escuhad las ventajas que me favorecen y tengo sobre Pedro. Yo inmensamente mas feo que él, cuando me acerco á ellas y las digo que me gustan, que son bonitas, que buenos piés, que manos de marfil, que hom-

bros de alabastro, que ojos de azabache, que gracioso talle, que contorneado cuerpo y otros mil piropos que las prodigo y estan en mi diccionario de la lengua, y que despues de tanto me desdeñan y me desprecian, efectivo su rapto, las llevo á mi torre, y á los veinte dias las dejo escapar. Sus padres cuando son sabedores del asunto, se acercan á mi, y cómpranme á peso de oro el secreto si son tímidos: y si son fuertes y de valor, temen retarme á buena ley porque manejo con destreza el puñal, espada ó lanza, y determinan enterrar el negocio con arena de oro.

Amaro y Rodrigo. Es inconsiderado el modo por cierto.

Pedro. ¡Lícito y admirable proceder por vida mia!

Enrique. Y no acaba en eso, sino que, como el rapto es un secreto, viene un paciente mortal, pide su mano y se casa. Luego despues, si aquella mujer no puede mirarse como á una completa víctima que ha dejado en mi deseos que satisfacer, se puede mirar amansada como una oveja que obedece por temor de que despegue mis labios, revelen su nombre y algo mas. Semejante situacion la tiene ligada mas á mi, que la bendicion del sacerdote á los esposos. ¿Porque no soltais las risas de antes? ¿Ya no me decis que soy feo? ¿Habeis acabado el buen humor? ¿Os he causado molestia y fastidio con mi relacion?.... ¡Hablad.... hablad!

Amaro. Me has estremecido. *(vase)*

Rodrigo. Á mi horrorizado *(vase)*

Pedro. Y á mi escandalizado. *(vase)*

Enrique. Que delicados de oido y que candidez, ¡santo cielo! *(vase.)*

Escena V.

CLODIO *por la izquierda.*

¡Cuantas habrán enjugado esas bocas de infierno!.... *(Cojiendo una á una las botellas)* tantas cuantas habrá habido llenas. Es claro: con la fatal idea que mantienen de estar todos los Jueves y Domingos solemnemente borrachos, no dejan gota para viviente que padezca debilidad de estómago. *(Deja las botellas)* ¡Que viciosos son los señores hidalgos! Que poco compasivos de la humanidad doliente! ¡que egoistas!.... todo para sí; para sus placeres. ¡Y nosotros que sufrimos tanto y tanto... nada: nada que no sea desdén! ¡En que miserable condicion hemos nacido! ¡en que infeliz posicion vivimos! ¡en que triste situacion nos encontramos!.....

¡Oh, virgen santa, compadeceos de mi!..... Alguien se acerca. Oigo pasos por aquella puerta.... veamos quien es.

Escena VI.

DON ALONSO *por la derecha, pensativo.*

D. Alonso. El conde de Villalba es incapaz de engañarme, y no me cabe duda de sus palabras. Me encarga disponga mi ejército para defenderme, y díceme que el suyo está dispuesto; está bien. ¡Oh, Mariscal y Vizconde si caeis en mi poder, os he de colgar de las encinas mas frondosas de mi bosque, y he de hacer que permanezcais asi por espacio de quince dias, paraque el caminante al veros os insulte con su risa ú os lance una mirada de conmiseracion y desprecio!

Clodio. (*Aparte*) ¡Cáspita! ¡pobre de mi cuello! ¡que facha tan estravagante y ridícula haria!.... (*A D. Alonso*) Señor....

D. Alonso. ¿Que haces aquí, en este lugar? ¿quien eres?

Clodio. Soy señor; el arquero mayor de uno de vuestros hidalgos.

D. Alonso. ¿De que hidalgo?

Clodio. De Amaro de Vilamelle.

D. Alonso. ¿Como estando yo aquí nada has dicho, y has osado escuchar mis palabras?

Clodio. He temido estorbaros

D. Alonso. Al instante despeja esta sala.

Clodio. (*Aparte*) ¡El suspiro por alimento, la ciega obediencia por consuelo. y el silencio por venganza! (*Á D. Alonso*) Está bien, señor. (*vase*)

Escena VII.

DON ALONSO.

¿Que culpa merece ese hombre por mi mal humor? ¿Porque he tenido que hacer sufrir un desaire, al que quizá era otro mensaje de la fidelidad de mis vasallos?.... ¿porque?.... ¡Ah! ¡he hecho muy mal y me arrepiento de mi proceder! ¡He sido tan torpe como injusto y desagradecido! ¡pobre arquero!... Ahora contará á los demás la ingratitud de su señor. Es hombre y aunque falto de educacion, tiene amor propio y dignidad, como la tengo yó. Pero, ¿que he de hacer ya?.... no es tiempo; pasó la hora.

A dar órdenes, es lo que interesa para bien del pueblo, y feliz perseverancia de mi condado. (*vase.*)

Escena VIII.

AMARO, PEDRO, ENRIQUE y RODRIGO.

Enrique. ¡Voto al diablo, que pronto os metí en un puño!.... no parece, sino que habeis aprendido las primeras reglas de urbanidad en un colegio de vírgenes, que tan abultados aspavientos habeis hecho.

Rodrigo. Razon poderosa habia para ello.

Pedro. ¿Sabes que idea me asalta la imaginacion mil veces al dia, Enrique?

Enrique. No lo sé; no soy adivino.

Pedro ¿Sabes lo que de tí digo?... ¡que quien habia de decir, que aquel padre tan honrado y leal que no salía de su torre sino para ir á la iglesia, habia de tener tal hijo! (*Toma asiento*)

Amaro. Tiene razon Pedro. ¡Él tan bueno; buen esposo, buen padre, y buen ciudadano; y tu tan malo y tan perverso!

Enrique. Amaro, hacen al hombre, las circunstancias que tiene que atravesar, los acontecimientos de su vida, y la situacion de la sociedad en que vive. Si yó al amar á la primera muger no me hubiera desechado y por el contrario admitido, ni yó me hubiera constituido en su inplacable verdugo, ni tus hojos derramarian lágrimas sobre el lecho eterno que en paz descansa.

Amaro. ¡Ah!... ¡asesino!.... (*Se cae sentado en un sillon.*)

Rodrigo. ¡Amaro! .. ¡Amaro!... ¡vive cristo!

Amaro. (*Alzándose de repente y arrojando á Enrique el guantelete de la mano izquierda*) ¡Toma!... ¡hoy me iré á postrar á los pies del Conde para implorar su venia, hacer campo contigo mañana, y lavar con tu sangre la deshonra de mi idolatrada Inés!

Enrique. (*Recogiendo con calma el guantelete*) Y yó, mañana te lo meteré en el alma con la punta de mi espada. (*Echándolo á los pies de Pedro*) Pero no; no soy el que debo recojerle: antes que yó, está quien debe aceptar el reto porque le corresponde primero.

Amaro. ¡Oh! ¡que significa eso!... ¡yó no reconozco á Pedro para nada, sino á tí que eres su asesino!

Enrique. Si; pero antes que Inés, está tu hermana.

Amaro. ¡Oh poder de Dios!.... ¿Que quieres decir?

Enrique Quiero decir, que una y una muerte, son dos muertes; una y una víctima, son dos víctamas; y uno y un verdugo, son dos verdugos.

Amaro. No comprendo por vida mia tales alusiones. ¡Habla claro!

Enrique. Amaro, tuviste dos hermanas....

Amaro. ¡Oh!.... si.... si ... ¡dos hermanas!

Enrique. La mayor se llamaba....

Amaro. ¡Oh!... ¡mi pobre Beatriz! ¡era hermosa como Inés!

Enrique. Inocente y pura ...

Amaro. ¡Cándida como ella!

Enrique. Conoces á Pedro, ¿no es verdad?... ¡míralo bien; míralo!

Amaro. ¡Oh! .. ¡horror!

Enrique. Es guapo, y yo feo; pero el mismo daño causa á una familia el buen mozo, que el deforme.

Amaro. ¡Una palabra sola te suplico, paraque cual farol me ilumine en busca de la realidad, y corra la cortina que cubre el crimen que deshonra y hace impura la sangre de los Vilamelles! ¡pronto por Dios! ¡por el alma de tu buen padre.!

Enrique. Pedro amó á tu hermana; y como ella no hiciera caso de él en contra la costumbre de cuantas se dirije, puso en juego los mismos medios de que yo me valgo en esos casos: el rapto, á la torre, y á la permision de su fuga á los veinte dias.

Amaro. ¡Si... si! ¡pero mi hermana no faltó ni un cuarto de hora siquiera de su torre!

Enrique. Es verdad; penetró una noche hasta su dormitorio escalando una de las aberturas bajas del edificio, hácia la parte por donde está hecho ruinas. (*Á Pedro*) ¿No es cierto, Pedro?... el te contestará.

Amaro. ¡Oh, si; vive Dios! ¡ò le arranco la lengua!

Enrique. Ya te he dicho penetró en su dormitorio una noche; y sorprendida ante la presencia de un hombre á quien contó ser un ladron, viose perdida, y.... por eso no confesó su deshonra al morir.

Amaro. ¡Ah!... ¡hermana mia!... ¿Y su muerte?

Enrique. Fué tan desastrosa como la de Inés; porque murió igualmente envenenada con el agua de ciertas yerbas ponzoñosas que destilaron en sus vasos, bebieron, y al poco rato.... ¡espiraron!.... habiéndome indicado antes el porque morian de aquella manera.

Amaro. ¡Gran Dios! ¿y no pudiste salvarlas?

Enrique. ¡Era ya tarde!

Amaro. ¡He de beberme gota á gota, la sangre de este vil y verdugo, que lo es de inocente! ¡la de este desnaturalizado, perverso y criminal! ¡la del que ha mancillado con mengua de su deber la nobleza de los hidalgos! (*señalando á Pedro con el dedo*) ¿Le veis?.... ¡innoble hidalgo; recoje el guantelete que está á tus pies, para mañana.... matar ó morir.

Enrique. (*Aparte*) ¡A muerte.... bien!

Amaro. (*Cojiendo á Pedro por un brazo y sacudiendole violentamente*) ¡Te batirás conmigo!... ¡si!... ¡si!... ¡te batirás conmigo, ó te mataré por la espalda!

Pedro. (*Alzándose*) ¡Contigo... es imposible!

Amaro. ¿Porque?

Pedro. ¡Por que no eres hidalgo!

Amaro. (*Retrocediendo unos cuantos pasos*) ¡No soy hidalgo!.... ¡te batirás conmigo.... y morirás ó matarás!.... ¡Eso no escusa, es cobardía!

Enrique y Rodrigo. ¡Amaro, déjale; que se avuelto loco ó cobarde!

Pedro. ¡Ni loco .. ni cobarde!... ¡Es que no es hidalgo, y no puedo mezclar mi sangre con la suya!

Enrique y Rodrigo. ¡Si no es loco ni cobarde, está borracho!

Pedro. ¡Borracho!... ¡loco!... ¡cobarde!... Lo he dicho y lo sostendré.

Amaro. ¡Pruebas pues, aqui mismo, ó te estrujo á puñetazos!

Enrique y Rodrigo. Justamente.

Pedro. Já!... jà!... já!... já!... ¡desventurado! ¿me pides pruebas?

Amaro. ¡Pronto, pronto!

Pedro. Ahi las tenéis: quitadle la gola y registradle el cogote.

Enrique y Rodrigo. (*Se acercan á Amaro y le miran el pescuezo*) Un lunar.

Pedro. Bueno. Llamad ahora á su arquero mayor, y le encontraréis otro igual en el mismo punto.

Rodrigo. Yo le llamaré. (*Se diríje á la puerta de la izquierda y llama*) Clodio... Clodio... (*Vuelve á la escena.*)

Enrique. ¿Ha contestado?

Rodrigo. Que está aquí en menos de un minuto

Enrique. ¡Bravo; bravo! allá veremos.

Escena IX.

LOS ANTECEDENTES y CLODIO.

Pedro. Ya está aquí.

Clodio. ¿Me habeis llamado señor?

Rodrigo. Yo te he llamado.

Pedro. Miradle tambien á este.

Enrique y Rodrigo. (*Mirándole tambien el pescuezo*) Efectivamente lo tiene, y son iguales.

Clodio. (*Aparte*) ¡Por vida de satanás! ¿porque habrán tenido esa curiosidad? ¿que me querrán hacer?...

Pedro. ¿Estais satisfechos ahora, de que es hijo suyo y de Elvira de canaval, esposa del hidalgo de Vilamelle?

Enrique. Si.

Rodrigo. No.

Pedro. Rodrigo, observa y comfronta la igualdad de sus facciones.

Rodrigo Son bastante parecidas.

Pedro. Cuéntales el número de dedos de la mano izquierda.

Amaro. ¡Oh gran Dios!

Clodio. (*Aparte*) ¿Que significará esa revista tan minuciosa?

Rodrigo. (*Cojiendo las manos de ambos*) Seis tienen,

Pedro. ¿Te has convencido?

Rodrigo. No me cabe duda.

Pedro. ¿Quieres mas pruebas tu, Amaro?

Rodrigo. Ya puedes retirarte, Clodio.

Clodio. Bien. (*Aparte*) Á su tiempo sucumbireis. (*vase*)

Pedro. ¿El silencio por contestacion?... ¡Habla; habla!

Amaro. (*Dejándose caer sentado en un sillon*) ¡Ah!

Rodrigo, Una víctima de vapor alcohólico.

Enrique. ¡Cuanto puede la sangre de cepa!

Pedro. Ha cedido por un ataque de vergüenza. Dejarle solo, para no aumentar mas su dolor. (*vanse todos menos Clodio, que se queda en la puerta.*)

Escena X.

CLODIO *desde la puerta.*

Señor... ¿que no vais hacer vuestra centinela?

Amaro. ¡Ah!... ¡si, si!... ¡que me sucede cielo santo! ¡que me pasa!... ya voy... ya voy....

Clodio. Daos prisa, que es muy tarde y el conde va á salir. (*vase*)

Amaro. (*Se levanta*) ¡Ah!... El conde; el conde! (*Desnudando su espada*) Al momento .. ya voy. (*vase*)

CUADRO SEGUNDO.

Sala cerrada en el fondo por un castillo feudal con un muro delante que tiene una puerta al centro, y dá paso al castillo. Á la derecha del actor y formando parte de dicho castillo, se vé una de las caras estremas del palacio habitacion del conde, y en la que hay una ventana á la altura del muro con puertas de estilo gótico. Á la izquierda del mismo y en primer término, una puerta que comunica á la sala de armas de los hidalgos; y un poco mas arriba el muro y restante del castillo. Es de noche, y aparece la luna hácia la derecha comunicando al proscenio sus tristes y débiles rayos.

Escena XI.

AMARO *en pié delante de la puerta del muro apoyando su derecha sobre el puño de la espada desnuda, su gorra en la izquierda, meditabundo y reflecsivo. Y luego D. Alonso é Ildara.*

¡Desde las fatales revelaciones de Pedro y Enrique, parece que una nube de pesado hierro me prensa y despedaza el corazon! ¡Enjuto yá, y agotado el sentimiento de mi alma, dirijo la vista por do quier, y no encuentro la hermosura de un valle que me distraiga; un amigo que me consuela; ni la belleza parecida de mi querida Inés, de mi desgraciada hermana, que haga latir nuevamente á mi corazon y brotar una lágrima de frenético cariño á mis secos párpados! ¡Aniquilado por la fuerza del sufrimiento, nada me sorprende; todo me es indiferente! (*Puesto de hinojos levantando las manos al cielo*) ¡Oh, poderoso señor! .. ¡Postrado de hinojos ante tu divina clemencia, pido me otorgues el perdon que para ellas imploro! ¡Ausilíame, y dame fuerzas para que puede vengar su deshonra!... ¡Perdon oh, gran señor!. . ¡perdon! (*Se levanta volviéndose á colocar en la misma posicion que antes*) ¡Po-

bres santas! ¡desventuradas mártires!... *(Empieza á pasearse de un estremo á otro del muro)* Dios estarà de mi parte, y venceré: si venceré. Jamás causa tan justa, se abrá presentado ante su divino tribunal. Y si al contrario me sucede, los cadáveres no sienten ni padecen *(Parándose de súbito)* ¿Pero... yo hijo de aquel hombre?.... es una calumnia; una espantosa y tremenda injuria. ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¿que maldad he cometido paraque así me traten?... ¡Ay!... ¡desdichado de mí!....

Ildara. *(Desde la ventana)* Hidalgo: ¿que hora ha dado?

Amaro. Me ha parecido oir voz femenina.

Ildara. ¿No me contestais?... os he preguntado que hora ha dado.

Amaro. *(Viéndo á Ildara en la ventana, saludándola con la espada)* ¡Ah!. las diez, señora.

Ildara. ¿Las diez yá?... *(Se oyen ocho campanadas)* Mirad... una... tres siete... no son mas que las ocho y habeis dicho las diez.

Amaro. Dispensad señora, si me he....

D. Alonso. *(Detrás de Ildara)* Dispensadlo, estimada Ildara: que sus cabezas se desvanecen en los jueves y domingos.

Ildara. *(Retiràndose ligeramente de la ventana)* ¡Ah!... ¿vos aquí señor?

Amaro. ¡Dios de los cielos!... ¡Dios de los cielos!... ¡otro disgusto más!

Escena XII.

DICHO y PEDRO: *luego* ENRIQUE *por la izquierda, y despues* D. ALONSO é ILDARA *desde la ventana.*

Pedro. Já!... já!... já... já!... já!....

Amaro. *(Dirigiéndo la punta de la espada al pecho de Pedro)* ¡Atrás por Santiágo!... ¡ó te envaino mi acero en el pecho!

Pedro. Muy valentón te presentas, Amaro; já!.... já!.... já!.... já!.... ¿Quieres matarme así, sin mas ni mas, como si riñieras con un villano?. ¿con Clodio tu arquero mayor por ejemplo?

Amaro. *(Retirando la espada)* ¡No vengas á insultarme aquí, Pedro!.... ¡No provoques mi ira en lugar tan poco á propósito... ó no respondo de mí mismo!

Pedro. ¡Hola!... ¿por segunda vez me amenzas con la muerte... y todo por una risa? vamos, Amaro; decididamente estás delirando, ó te han subido con la rapidéz del rayo los vapores en la cabeza. Estás trastornado y pá-

lido, y no me sorprende que D. Alonso hace un instante te haya calificado de borracho. Pero lo sensible, lo que es verdaderamente irregular, es que por ser tu tan aficionado á él para con sus pasmosos efectos sepultar tus penas, confunda á las demás y les apropíe tu aficion. Lo que estanto mas negativo. cuanto que sabes, bebemos, pero con regla y conmesuracion.

Amaro. (*Lanzando una mirada á la ventana*) ¡Ay!

Pedro. ¡Bien... bien! ¿Te dá la manía de volverte religioso? pues no haces mas que dirigir tus rasgados ojos á la ventana del oratorio de la condesa, en busca del crucifijo ante quien se postra continuamente ella. ¿Tienes que implorar el perdon de Dios por algun pecado? dímelo, y yó te absolveré.

Amaro. ¡Sería confesarse, con un delicuente!

Pedro. ¿De modo, que rehusas manifestar tu falta, á quien tanto debes? ¿á quien debes el último suspiro y la última palabra de tu hermana?

Amaro. ¡Oh! ¡infame! ¡villano!

Pedro. Desprecio tus enojosas palabras, porque á mi tu ingratitud no me daña. ¿Á mi, á quien tanto debes? ¿á quien debes una revelacion tan importante y provechosa, que cualquier hijo menos sensible que tu, me pagaria con toda su sangre si toda se la pidiera?.... hablo de Clodio: hablo de tu arquero mayor: hablo á su hijo Amaro de.... ¡Oh! ¿no te cuadra ese nombre?.... ¡Paciencia bastardo de ayer! paciencia hidalgo de hoy!

Amaro. ¡Ah!. .. ¡vete.... de aquí!

Pedro. ¿Porque he de irme?

Amaro. ¡Porque temo me falte la razon, y cometa contigo un delito que mancharia la honra de mi cuna!

Pedro. Mucho fio en tu serenidad y sangre fria.

Amaro. Entonces.... ¿juegas en atormentarme?.... ¿Te diviertes acaso viéndome padecer con la amarga hiel de tus palabras?.... pues bien; habla. ¡Pero no olvides el reto á muerte que tenemos pendiente!

Pedro. Ya recuerdo.

Amaro. ¡Es mañana, y tal vez pueda ser tu último dia!

Pedro. Nada me importa, y por lo mismo me divierto hoy.

Amaro. Conque es decir; ¿has venido solamente á divertirte, y en esas horas?

Pedro. A eso solo.

Amaro. ¡No.... no! ¡no has venido directamente para insultarme, no Pedro! Tienes una afeccion moral que te domina, y has venido....

Pedro. Á tomar el fresco.

Amaro. ¡Á mendigar para despues enloquecerte, una sonrisa, una mirada de la de los cabellos dorados y ojos azules: de la que amas!

Pedro. ¡Amaro!

Amaro. ¡Si; de la condesa Ildara!

Pedro. ¡Hay palabras que cuestan vidas, Amaro!

Amaro. ¡Le amas como un loco, y ella.... te desprecia como se debe á un miserable!

Pedro. (*Aproximándose á Amaro*) Amaro, escucha.

Amaro. (*Retrocediendo un paso ó dos y amenazandole con la espada*) ¡Atrás! ¡canalla! ¡ó te hundo hasta el puño de mi espada!

Pedro. Ya que eres dueño de ese secreto, ¡calla desventurado! porque si lo divulgas me perderás. El conde.... ¡Oh!... me mandaría ahorcar!

Amaro (*Retirando la espada*) Luego es decir que ya te.... ¡Atorméntame ahora!... ¡diviértete!... ¡goza!...

Pedro. ¡Sería la agria burla de los hidalgos!.... ¡la sarcástica risa de los vasallos, y... el insulto y ultraje de mis arqueros!... ¡Oh! .. ¡por el alma de tu hermana te suplico guardes silencio!... ¡si el conde tan solo llegare á sospechar había osado poner los ojos en Ildara, me los arrancaría, ó me haría desquartizar vivo por cuatro caballos!... ¡ningun poder del mundo bastaría, para librarme de una muerte horrorosa!

Amaro. Todo sería morir....

Pedro. Pero, ¡morir mártir!... ¡morir por amar á una muger, que no me ama, y que satanás me arrastra dó está ella!... ¡una muger que hasta en mis sueños la veo bellá, adorable y celestial, cual si fuera uno de los ángeles del señor!... ¡una muger que en fin, que cada mirada es una flecha de amor que traspasa el corazon, y cada palabra una gota de bálsamo que cura dulcemente el alma!

Amaro. En mucho estímas la vida.

Pedro. El que ama, la desea.

Amaro. Ya no te acuerdas....

Pedro. ¡Oh!... ¡reserva lo que has penetrado; silencio por Dios!... ¡quizá venga un dia en que llegue á amarme!... ¡oh, si! ¡tal vez amarme!.... Pero, ¿á que pedir nada al que depende de mí, su vida y su honor? vé;

y dí al conde, que yo amo á su esposa, que la sigo detrás como una sombra, y tu mismo irás á delatarte. Por que tu me hás penetrado, y yó te he penetrado. ¡tú la amas tambien... y dos son los secretos; y dos serían las muertes!

Amaro. ¡Pedro!

Pedro. Es cierto que mi amor es un frenesí, una locura, pero el tuyo aun es mas si cabe en lo posible. ¡Infelices de los dos!... ¡pero tu infelicidad es mayor, porque te ha trastornado hasta el estrmo de que borra de tu pensamiento hechos, que el mas insensible no podría olvidar toda su vida!

Amaro. ¡Ah!... ¡me haces memoria de que debo matarte! ¡de que necesito lavar con tu sangre el honor de mi hermana!... pues bien: te mataré! ¡te mataré!

Enrique. (*Aparte yéndose á colocar detrás de Pedro*) Ya llegará la hora.

Pedro. Si, si; moriré, ¿no es cierto? ¡Y despues de cumplido tu deseo serás feliz! volverás de centinela, y á las primeras noches asomará la cabeza de la condesa Ildara á esa ventana, y su voz te interrogará con la dulzura «¿que hora ha dado hidalgo?» y tú contestarás mas acorde. Á las segundas tratará de sondear tu corazon para cerciorarse de si has amado ó amas aun, y antes de permitirte le declares el amor que leerá en tus ojos y en tu timidez, querrá indagar fijamente el estado de tu alma como el de la suya. Y cuando ella con todo el encanto y candidez de su voz pronuncien sus labios de puro carmin el... ¡te amo!... porque te ama yá; cuando en fin, haya acojido con rubor y deleite tus amantes y apasionadas palabras, cambiarás las horas de centinela escojiendo las mas apropósito para los amores adúlteros. Despues se sucederán unos dias trás otros en que los dos hablando tierna y apasionadamente, confundiréis vuestros labios en un beso de fuego, de ciego amor, de delirante cariño. Remando en el mar del placer y en el de la ilusion sin muros que os separen, ni párpados que os estorben, ni oidos que os escuchen, y al suave y aromatizado zéfiro mezclado con los sonoros y apacibles cánticos de las avecillas, reclinarás tu cabeza sobre sus hombros de marfil. Tus manos oprimirán sus delicadas manos; y tus ojos fijos en su rostro, verán palidecer el suyo de amor. ¡Oh rayo del cielo!.,. y yó... ¡yó muerto!... ¡muerto!.. ¡no, no! ¡antes tú! (*Tira de la espada, y vá á darle una estocada*) ¡Sea esa mi felicidad!

Enrique. (*Cojiendo el brazo de Pedro, al ir á dar la estocada*) ¡Detente, asesino!

D. Alonso. (*Desde la ventana*) ¿Que es eso? ¿que pasa?

Enrique. (*Soltándo á Pedro è inclinándose humildemente ante el conde, lo mismo que hacen Amaro y Pedro*) Nada, señor: hoy es jueves, y en estos dias teneis la fina consideracion de permitirnos beber mas de lo consuetudinario.

D. Alonso. Já!... já!... já!... já!... nos habeis asustado mucho. ¿No os lo digo Ildara, que los hidalgos en los jueves y domingos son menos que mi caballo?

Ildara. Si, es verdad querido esposo (*Se retiran de la ventana*) (*Desaparece la luna poco á poco.*)

Escena XIII.

Los mismos, menos D. ALONSO é ILDARA.

Enrique. Di, Pedro; ¿porque has hecho tan vil accion contra ese infeliz, cuyo corazon nos hemos ensañado en desgarrar no ha muchas horas?

Pedro. Que se yó: ya no me acuerdo. Lo sabes con esceso porque lo habrás oido desde el sitio en que estabas.

Enrique. Algo he comprendido de.. «noches van, y dias vienen» Pero ya pasó. Con todo si llevas á cabo la víctima, lo pagas vida por vida.

Amaro. Aquí sobra uno, y este soy yó. Haced mi centinela. (*vase*)

Pedro. ¿Á que has venido Enrique?

Enrique. ¿Y tu, Pedro?

Pedro. Yo.... yo....

Enrique. Pues, estamos iguales.

Pedro. Necesito hablarte. Sospecho que has venido aqui, por el mismo objeto que yo.

Enrique. Puede ser....

Pedro. ¿Prometes hablarme con franqueza? ¿de amigo á amigo?

Enrique. Si, lo juro.

Pedro. Pues bien; amo y no me corresponden.

Enrique. En la misma danza bailo.

Pedro. ¿Es una suposicion?

Enrique. Y tu, ¿un hecho?

Pedro. Cabal. Es.... casada.

Enrique. Tambien la mia.

Pedro. Su marido, es poderoso como nuestro conde.

Enrique. Igual el de la mia.

Pedro. Si llega á imaginarse por mera sospecha la menor cosa, sin remedio me hace desaparecer del número de los mortales. Y por lo mismo he de luchar con mil contratiempos é inconvenientes, y proceder con mas sigilo que si se tratara de la esposa de un hidalgo ó de algun vasallo....

Enrique. Yo, no jugué aun. Adelante.

Pedro. Es recien casada; bella, inocente, encantadora, angelicál, una niña de diez y seis á diez y siete mayos

Enrique. Igual belleza é igual edad tendrá la mia.

Pedro. Algun tiempo despues, de miradas ván y miradas vienen, me ví una tarde solo con ella. Empezé á ponderar de un modo tal su hermosura y encanto, que llegó á ruborizarse.

Enrique. Buena señal.

Pedro. Conque ya ves....

Enrique. Prosigue.

Pedro. Mis risas y miradas redoblé, y dejéme caer á sus pies declarándola cuanto la amo.

Enrique. ¿Y ella?

Pedro. Volviósela el rostro como la cera, y miróme fijamente.

Enrique. Mala señal.

Pedro. Alzóse de súbito con la magestad de una reina ofendida....

Enrique. Peor señal todavia.

Pedro. Y enseñándome la puerta de su cámara....

Enrique. ¡Ay!.... ¡ay!.... mucho peor aun.

Pedro. Con voz apagada me dijo; ¡fuera de aqui!

Enrique. ¡Voto al diablo!

Pedro. Yo no hice caso; y amenazóme llamaría á su esposo. Entonces comprendí mi crítica posicion.... porque ya vez un conde tan poderoso.....

Enrique. ¡Para el demonio que se esperara!

Pedro. Y salí á paso de carga.

Enrique. Lo creo.

Pedro. Esa mujer á la que cedo mi amor de cada vez mas, es.... es.... la condesa Ildara.

Enrique. Pues la mia; esa mujer que nunca me ha dado un desaire, ni he tenido que sufrir ninguna de sus impertenencias, porque tambien nunca

la he dirijido la palabra, y á quien amo tanto como tu puedas amarla, es.. es... la misma condesa Ildara.

Pedro. Me lo presumia.

Enrique. ¿Que motivo tenias para presumirlo?

Pedro. Por tu venida en este sitio, y por la salvacion de Amaro.

Enrique. Mi venida, ha sido con el objeto de espiarte: y la salvacion de Amaro, porque es un pobre joven á quien he ultrajado y no me ha hecho daño alguno.

Pedro. ¿Y si es de los tres, el favorecido?

Enrique. ¡El favorecido!.... ¡he ahí, lo que ignoro!

Pedro. Pues él la ama, y ella le corresponde.

Enrique. Es necesario que concluya.

Pedro. Hablarémos.

Enrique. ¡Oh, si!.... es preciso que hablemos.

Pedro. Por eso he procurado sondearte.

Enrique. Y bien, somos tres.... y es muy justo que los dos desfavorecidos se unan contra el favorecido.

Pedro. Perfectamente. Pero es de advertir que un amado, vale por cien despreciados.

Enrique. No importa. Formaremos causa comun para su derrota.

Pedro. Conformes.

Enrique. ¿Y despues, que haya muerto?

Pedro. Pensarémos en arreglar á ella, y á nosotros.

Enrique. ¿Porque no ahora?

Pedro. Porque si nos sale mal, sería haber gastado saliva muy en valde.

Enrique. Total, sería haber perdido un cuarto de hora de palabras.

Pedro. Enrique, primero á lo primero.

Enrique. Está bien: propón y ya escucho.

Pedro. Lo que mutuamente nos interesa y como á cuestion primordial, es la muerte de Amaro Y para conseguirla, no hay mas que decir al conde, que él ama á Ildara, y que ella le corresponde.

Enrique. ¡Caspita! ese es mal medio. ¿Y las pruebas, donde están?.... no, no Otro.

Pedro. Decirle que está en correspondencia con los hermanos de Galicia, y que espera ocasion oportuna para hacerles entrega del castillo, de todos los arqueros y de nosotros.

Enrique. Son delaciones que el conde haría probar como la existencia de la luz del sol, y por lo tanto sin pruebas son respetables y delicadas. Ademas de que estoy en la firme conviccion, de que ella le salvaría.

Pedro. Aquí sentaría muy bien la otra acusacion, manifestando que su interés por salvarle, es únicamente hijo del amor que le profesa.

Enrique. No, no; una cosa pronta. Una muerte, que pueda atribuirse á su torpeza ó negligencia .. ú otra cosa que no comprometa á nadie.

Pedro. ¡Ah! con el reto á tí y á mí, de resultas de las revelaciones.

Enrique. Eso es; una cosa así y nos deshacemos de él.

Pedro. ¡Oh! conmigo es seguro.

Enrique. Yo tambien respondo. Pero si la fortuna le proteje y hace de que salga con vida, ¿que haremos?

Pedro. Entonces lo de los hermanos de Galicia.

Enrique. Bien; aprobado.

Pedro. Ahora; marchemos á brindar á su muerte, y ¡sorba como nosotros el licor, la tierra á su sangre! (*Se oyen cinco campanadas*) El reloj del castillo ya dá las cinco, conque....

Enrique. Marchemos. (*vase*) (*La escena vuelve al estado de iluminacion normal.*)

Escena XIV.

AMARO, *y luego* RODRIGO.

Amaro ¡Ya pasó la noche, y hoy imploraré la vénia del conde para matar ó morir! (*Se oyen toques de clarin confusamente como si estuvieran á grande distancia*) ¡Ah!... ¿que es eso?

Rodrigo. Nada, Amaro; no es mas que la gente se dispone para recibir ostentosa y solemnemente á D. Sancho y á su linda esposa la condesa Maret, de órden de D. Alonso nuestro conde y señor.

Amaro. Luego el conde....

Rodrigo. Habrá salido yá, con la condesa del castillo. Ha dado la señal el clarin y....

Amaro. He ahí el toque que he oido, y no he comprendido.

Rodrigo. Pues, esta era la señal. Nadie queda en el castillo mas que la servidumbre de cocina, y un piquete de arqueros y hombres de lanza. Han llamado á tu arquero mayor paraque los mandara, y en toda esa mañana se le ha visto. ¿Le has mandado á alguna parte por algun recado?

Amaro. No: pero quizá no tarde en venir.

Rodrigo. ¡Ah! ya me figuro... por lo de la señas... ¡voto á Santiago!

Amaro. ¡Ah!

Rodrigo. Vamos. .. no te apesadumbres; que soy tu amigo, y te quiero bien. No hagas caso.

Amaro. *(Dando un abrazo á Rodrigo)* ¡Oh, Rodrigo!... ¡Rodrigo!

Rodrigo. ¡Valor Amaro!... míralo con indiferencia.

Amaro. ¡Yo no debo pagar qorque no tengo culpa, la falta de mi madre!. ¡Y siempre me lo dirán en las barbas!

Rodrigo. ¿Quien? nadie. ¡Así como te digo lo olvides, así tambien te aconsejo vengues la muerte de Inés y de tu hermana! Mátalos en una lid cruda y sangrienta, y si el conde al pedirle permiso te insinua ó indica que es necesario otro hidalgo apoye tu causa y ser la lucha dos á dos, acuérdate de mí.

Amaro. ¡Oh!... ¡gracias Rodrigo! ¡me acordaré .. me acordaré de tí!

Rodrigo. Vámonos ahora.

Amaro. ¿A donde?

Rodrigo. A dar un paseo por la alameda.

Amaro. Bien: sea. *(vanse)*

Escena XV.

DON ALONSO, DON SANCHO, ILDARA *y* MARET, *por el fondo.*

Maret. Ya os he dicho D. Alonso, que tengo deseos de conocer á vuestros hidalgos.

D. Alonso. Me servirá de un grande placer el presentároslos, Maret.

Maret. *(Á Ildara)* ¿Y vos querida mia, que me contais de ellos?.... quiero conocerlos; porque me han contado tantas travesuras y me han dicho que eran tan enamoradizos, que peligran todas las damas ante sus ojos. Por cuya razon tengo mas deseos de conocerlos.

Ildara. No os entiendo.

Maret. ¿No me entendeis?.... pues bien; mirad si son tan temibles para las damas y tan enamoradizos como me han informado, yo que gozo inmensamente en burlarme de los enamorados, gozaré en burlarme de ellos.

Ildara. ¡Oh!.... ¡aun os comprendo menos, Maret!

Maret. ¿Nunca habeis devuelto una carcajada por un suspiro? Siendo tan

bella y encantadora y en lo mas florido de vuestra edad, ¿no habeis visto rendidos á vuestras plantas mas ojos de fuego, que los de vuestro esposo? ¿No habeis oido nunca el dulce acento de otra alma embriagada de amor, mas que la suya? ¿No habeis gozado de las delicias de otros adoradores, mas que de las suyas? ¡Oh!... seria preciso que el corazon de vuestros amantes hidalgos, fuera una masa de hielo. Vamos, contadme algo de lo que os haya pasado con esos donceles tan amartelados y sensibles.

Ildara. ¡A mi! ¿quien de ellos se atrevería á clavarme sus ojos, á la esposa de su señor?

Maret. ¡Ay, ay! ¡no vamos á ser muy amigas: pues parece os han educado en un convento! ... Yo arreglaré vuestro corazon cual reloj, y lo haré marchar con el tiempo. En fin, ya veréis como nos divertiremos con las declaraciones de los tímidos, y con las de los resueltos. Tenderémos la red, y todos caerán en ella. Ya vereis, ya vereis.

Ildara. Já!... já!... já!... já!...

Maret. ¿Veis?.... ya os hago reir.

Ildara. Si generalmente estais como ahora, una amiga siempre alegre y contenta, sería seguramente una gran pérdida.

Maret Siempre.... siempre la misma: viva, jovial y feliz. (*A D. Alonso*) Conde D. Alonso, ¿cuanto tiempo contais de matrimonio con Ildara?

D. Alonso. Seis meses.

Maret. (*A Ildara*) ¡Oh! llevais poco tiempo; yo cuento ya tres años.

D. Sancho. Y tambien cuatro, Maret.

Maret. ¡Cuatro!... ¡cuatro!... ¡pues creia que eran tres! (*á Ildara*) ¡Ah Ildara!.... Me han informado tambien que en vuestra guardia de honor, existe desde el carácter mas fuerte y atrevido, al mas tímido y pusilánime, del mas galante, al mas uraño y brusco; del mas hermoso, al mas feo y horrible; ¿es positivo?

Ildara. ¿Que os diré? nunca me he fijado en esas cosas.

D. Alonso. (*á D. Sancho*) ¡Que conferencia mas animada tienen las dos condesas.

D. Sancho. (*á D. Alonso.* Asuntos de mujeres.

Maret. ¡Ah!... Me olvidaba que estaba hablando con vos, que mirais al hombre como el diablo personificado. Pero ahora, no será así, porque sereis un reloj corriente y no un reloj parado.

Ildara. ¡Sois singular, Maret!... bien; seré cuanto querais.

Maret. Pero ¿que os dá cuidado?... Sé distinguir lo blanco de lo negro con la vista, y lo bueno de lo malo con la cabeza: asi es que, nunca os aconsejaré cosa que no sea buena. Decidme, ¿habeis sido ó no criada en un convento?

Escena XVI.

LOS ANTECEDENTES *y* RODRIGO *despues* PEDRO, *luego* MAURO, ENRIQUE *y* AMARO.

D. Alonso. (*á Maret*) Mirad condesa; ahí teneis á uno de mis hidalgos.

Rodrigo. (*con la espada desnuda, saludando con la misma, y colocándose frente al muro.*) Guarde Dios á mis amos y señores.

Maret. ¡Que airoso es!... sin embargo paréceme soso. (*á D. Alonso*) ¿Como se llama?

D. Alonso. Rodrigo, señora.

Maret. Bonito nombre.

D. Alonso. Aqui teneis á otro.

Pedro. (*Practicando lo mismo que Rodrigo*) Salud y prez á los lemos, mis condes y señores.

Maret. (*Dejando caer al suelo su pañuelo*) ¡Ay, Ildara! (*Aparte*) ¡Que hombre tan hermoso!

Pedro. (*Cojiendo el pañuelo, y entregàndoselo*) Señora.... tengo la honra de presentaros la prenda que os pertenece, y que distraidamente se os habrá caido.

Maret (*Tomando el pañuelo*) ¡Ah!... gracias hidalgo.

Pedro. Solo un deber de caballero he cumplido, señora. (*Saluda y vase á colocar al lado de Rodrigo.*)

Maret. (*Á D. Alonso*) ¿Como se llama este tan cumplido y galante conde?

D. Alonso. Pedro, señora.

Maret. (*Á Ildara*) ¿No habeis visto á este hombre?... ¡Dios mio que interesante! ¡no he visto en todos mis años, hombre mas interesante!

Ildara. En efecto, es un buen mozo.

Maret. ¡Oh, si, si!... ¡todo un buen mozo! ¿no le habeis tenido nunca rendido á vuestros pies condesa?

Ildara. ¡Como á mis pies! ¿que había de hacer este hombre á mis pies?

Maret. (*Dirijiendo varias miradas á Pedro*) Suspirar... llevarse las manos al corazon... miraros como si fuera á morirse... deciros en fin que os ama .. que os adora... que os idolatra... que....

Ildara. ¡No; nunca!

Maret. (*Á D. Alonso*) Os doy la enhorabuena conde, por tener hidalgos tan buenos mozos y tan galantes.

D. Alonso. Quedo altamente satisfecho vaya saliendo verdad, el informe que os dieron.

Maret. ¡Ah, si!

D. Alonso. Ahí está otro, Maret.

Mauro. (*Prácticando lo de Rodrigo y Pedro*) Valor y gloria á mis señores.

Maret. ¡Oh! ¡bien, bien! he ahí un rostro graciosísimo, arrebatador. ¿Y este como se llama D. Alonso?

D. Alonso. Mauro señora; el mas tímido y menos borracho de todos.

Maret. ¡Que lástima de hidalgo, amiga Ildara!

Ildara. ¡Ah, si! es un infeliz.

D. Alonso. Ahora vais á ver Maret, el mas espantoso de todos. Héle ahí.

Enrique (*Insiguiéndo lo prácticado por Rodrigo, Pedro y Mauro*) El leal y fiel hidalgo, saluda á sus señores.

D. Sancho. ¡Que imbécil y que feo!

Ildara. ¡Es particular!

Maret. ¡Oh, Dios mio! ¡que horroroso!

D. Alonso. Este se llama Enrique, condesa Maret.

Maret. ¡Jesus!... ¡Jesus!

Amaro. (*Desde el dintel de la puerta, con la visera del casco tirada en la cara*) Señor....

D. Alonso. ¿Quien es este caballero?... ¿que quiere? ¿que pide?

Amaro. Soy vuestro hidalgo y servidor Amaro, que viene á pediros permiso para batirse con Pedro y Enrique á quienes reté á muerte. (*Se alza la visera.*)

Ildara. (*Aparte*) ¡Ah!... ¡va á batirse á muerte!... ¡un duelo á muerte! ¡Oh! ¡no, no! ¡yo lo impediré!

Maret. (*Aparte á Ildara*) ¡Oh! ¡suplicad al conde, que no consienta ese duelo, querida Ildara!

Ildara. (*Aparte á Maret*) ¡Oh, si, si!.... ¡se lo pediré aunque sea de rodillas!

Maret. (*Aparte*) ¡Le ama!

Ildara. (*Aparte*) ¡Ella tambien le ama!

D. Alonso. Amaro: ¿porque habeis esperado esta ocasion?

Amaro. Porque he sabido que estos hidalgos, el uno sedujo villanamente ¡á Inés, á una niña que yo amaba con toda la ternura de mi alma!....

Ildara y Maret. (*Aparte*) ¡Ah!

Amaro. ¡Y el otro á mi hermana Beatriz!... y siendo ellos la causa de sus muertes á mas de la deshonra, he considerado que como hidalgo y caballero mi deber es lavar con sangre su honor, y con la muerte sus muertes respectivas. Por lo tanto; imploro el perdon, y suplico el permiso de los condes mis señores.

D. Alonso. ¡Por Santiago! ¿y por quien lo sabeis?

Amaro. Por su propia confesion.

D. Alonso. ¿Porque no les atravesasteis el corazon en el acto?

Amaro. (*Enseñándole la mano izquierda sin guantelete*) Señor... ¡mirad!

D. Alonso. Bien; eso es de buenos hidalgos. Teneis concedido el permiso, con la condicion de que busqueis un compañero y ser dos á dos.

Ildara y Maret. (*Aparte*) ¡Ay!...

Amaro. Rodrigo, señor.

D. Alonso. Bien; pues Rodrigo. Y si Rodrigo no quiere, yó me lanzaré á defender vuestra causa.

Amaro. ¡Oh! gracias señor. (*Va á colocarse al lado de Rodrigo*)

D. Alonso. Señores condes, vámonos.

Maret. (*á D. Alonso*) Cuando os he dicho que me han contado tantas aventuras....

D. Alonso. Bien; condesa Maret. (*Vanse por el fondo, D. Alonso é Ildara asidos del brazo, y D. Sancho y Maret tambien asidos.*)

Maret. Os he de hablar, D. Alonso.

D. Alonso. Hablarémos en palacio. (*Dirijiéndose á Rodrigo, Pedro, Mauro, Enrique y Amaro, saludando à un tiempo con sus espadas*) ¡Paso!

Amaro. ¡Matar ó morir.... Pedro y Enrique! (*vase*)

Pedro y Enrique. ¡Matar ó morir... Amaro! (*Vanse todos por la izquierda.*)

Escena XVII.

CLODIO.

¡Siento un pesar tan grande, que abruma mi mente y me hace perder la ra-

zon! ¡Alguna desgracia temo que haga infeliz mi porvenir.... si! ¡Amaro es mi hijo, y será una causa ante los ojos del conde bastante para aborrecerle, y hasta odiarle á muerte!.... Pero ¿que hacer un padre, en medio de las circunstancias por las que atraviesa? ¡nada!.... ¡nada! *(Suena un toque de clarin)* ¡Oh! ¿que es eso? (*una voz de dentro*) «Oid.... oid. Sabed que los hidalgos Amaro y Rodrigo, han retado á muerte á Pedro y Enrique, por haber deshonrado villanamente y ser causa de la muerte de dos damas. ¡Dios ayude á los buenos, y abandone á los malos!» *(varias voces)* «¡Asi sea!» ¡Oh!... ¡corro á su defensa!.... ¡Amaro! ¡hijo mio!.... (*vase precipitadamente.*)

Escena XVIII.

MAURO.

Ya están en combate encarnizado, los señores desafiados. De todos modos son espectáculos desagradables, y mas para las condesitas no acostumbradas á ver correr sangre humana. Cada una abriga su interes especial, por uno de los combatientes. Ildara trémula y pálida, tiene los ojos fijos en un cristo de oro que pende de su blanco cuello: y Maret, deslizando visiblemente una lágrima de cuando en cuando. La una por la suerte de Amaro, y la otra por la de Pedro. En fin, allá se las hayan. *(Se oye ruido de armas)* ¡Eh, eh! como se las alargan. *(Clodio dentro)* ¡Gracia! ¡gracia!,... (*Para el ruido*) (*Rodrigo dentro*) ¡Enrique; en nombre de Amaro te perdono la vida! *(Una voz)* ¡Que muera Enrique, que tal es la voluntad del cielo! (*Varias voces*) ¡Si; que muera!... ¡muera! (*Se oye una voceria que para luego, y vuelve Mauro en su relacion*) Esa voceria, ese rumor es una señal de desaprobacion promovido por las condesas, á fin de que no quede en el campo ningun cadaver. ¡Dichosos ellos! *(vase)*

Escena XIX.

AMARO *pensativo con paso lento; y luego* CLODIO.

¡Oh, Rey de los reyes!.... ¡No estoy satisfecho y renovaré la peticion, para renovar el combate!.... ¡si! ¡para renovar el combate!.... He jurado matar ó morir.... he prometido lavar con sangre el honor de Inés y Beatriz, y.... mataré ó moriré!

Clodio. ¡Amaro!

Amaro. ¡Oh!.... ¡gracias Rodrigo!.... cuanto te debo!

Clodio. ¡Yo no soy Rodrigo!

Amaro. Pues, ¿quien eres?

Clodio. ¡Mírame.... y sabrás quien soy!

Amaro. ¡Oh!.... ¡eres Clodio!

Clodio. *(Con los brazos abiertos)* ¡Soy.... soy.... tu padre!

Amaro. (*Echándose á los brazos de Clodio*) ¡¡Padre mio!!

Clodio. ¡¡Hijo de mis entrañas!!

Amaro. ¡Padre mio!

Clodio. ¡Silencio!... ¡no nos perdamos los dos!

Amaro. ¡Oh!.... ¿y que temeis?

Clodio. (*Dando una mirada á su alrededor*) ¡Perder la vida hoy mismo, si el conde sabe que me hallo aqui!

Amaro. ¿Que mal hay en que lo sepa?

Clodio. ¡Mucho!.... ¡mucho!

Amaro. ¡Callad entonces! Pero, ¿donde os encontraré, para hablaros detenidamente, señor? porque necesito hablaros.... es preciso oiros.

Clodio. Me oirás....

Amaro. ¿Donde... donde señor?

Clodio. ¡En las filas de los hermanos de Galicia!.... (*Vase aceleradamente.*)

Amaro. ¡Ah!... ¡mi padre de los rebeldes... mi padre!.... pero; ¿quien és ese hombre?... (*Dirije la vista por todas partes*) ¡Oh!... ¡ha desaparecido!... ¡Padre!... ¡padre!....

Escena XX.

D. ALONSO, ENRIQUE y PEDRO.

D. Alonso. ¡Hola!... señores.

Enrique y Pedro. Señor....

Amaro. *(Aparte)* ¡Ah! D. Alonso. (*á D. Alonso*) Señor...

D. Alonso Os he mandado á llamar paraque ante mí jureis, no habrá recuerdo alguno que impida amaros. Quiero que no vuelva haber entre vosotros rencilla alguna, y el que dé lugar á ella será terriblemente castigado. Así pues, y paraque no me quepa duda alguna de vuestra amistad,

juradlo solemnemente por vuestro honor y con la cruz de vuestras espadas puesta una sobre otra.

Amaro, Pedro y Enrique. (*Desenvainan las espadas y ponen las empuñaduras una sobre otra*) Lo juramos.

D. Alonso. Ahora, espero cumpliréis vuestro juramento, y asi acabad por daros las manos.

Amaro, Pedro y Enrique. (*Danse un apreton de manos, y envainan las espadas*) Somos amigos.

D. Alonso. Acabais de comprometeros á guardar una amistad fraternal y caballeresca; pero antes de despedirme, quiero saber quien ha tenido por arquero mayor á un tal Clodio Espasende.

Amaro. Yó señor.

D. Alonso. ¿Desde cuando?

Amaro. De unos dos meses.

D. Alonso. ¿Asistía á sus deberes?

Amaro. Siempre señor.

D. Alonso. ¿Y desde cuando ha dejado de serlo?

Amaro. (*Aparte*) ¡Que contestaré! .. (*á D. Alonso.*) Desde ayer.

D. Alonso. ¿Sabeis de él?

Amaro. Creo ha muerto de una caida.

D. Alonso. ¿Nunca os ha hablado de los hermanos de Galicia?

Amaro. Jamás señor.

D. Alonso. ¿Quien os recomendó le tomarais por arquero mayor? ó ¿le conociais antes?

Amaro. No recuerdo haberle visto hasta entonces.

D. Alonso. ¿Á que época os referís?

Amaro. Á los dos meses que se presentò solicitando serlo, en lugar de Fiz Salcedo que acababa de morir.

D. Alonso. ¿Sujetóse á las pruebas de todo arquero mayor?

Amaro. Tiró á treinta pasos de distancia á una manzana colocada sobre la cabeza de un caballo, y la quitó dejando el caballo sin lesion alguna.

D. Alonso. Era de admitir. Ese hombre no se llama Clodio Espasende, Amaro.

Amaro. ¿Pues, quien es señor?

D. Alonso. Os espantariais, si es el que me figuro. Si vuelve, no le valdrán sus mañas: ¡yó se lo juro!

Amaro. Lo que he notado, es que siempre se escondía de vós. Le he mandado con encargos, y siempre ha mandado á otro arquero.

D. Alonso. Estas palabras, me prueban vuestra inocencia.

Amaro. ¡Mi inocencia!

D. Alonso. Os creía en tan estrechas relaciones con ese hombre, que..... os creía vendido á él.

Amaro. ¡Ah, señor!... ¡sepámos quien es!

D. Alonso. Sabed, que es un rebelde.

Todos. ¡Un rebelde!

D. Alonso. Si; un gefe de los rebeldes. Tal vez un dia os lo revelará, espirando á los golpes de vuestras hachas. Una vez se halla entre nosotros, doblar la vigilancia Confio en vuestra fidelidad é hidalga sangre, y espero seguireis siendo dignos de mi confianza, la de Dios y de los Reyes.

Todos. Toda la sangre de nuestras venas, es vuestra señor.

D. Alonso. Así lo espero, y cuento con vosotros. Y respecto á vuestra cruel enemistad, os hago memoria de vuestro juramento sobre la crúz de vuestras espadas.

Todos. Serémos hermanos.

D. Alonso. Enhorabuena. Ahora, retiraos.

Todos. Está bien señor. *(Vanse, menos Amaro que se queda en la puerta, hasta haber pasado D. Alonso, entrando despues en la escena.)*

D. Alonso. Ahora quedarán contentas y satisfechas las señoras condesitas. *(vase)*

Escena XXI.

AMARO, *y despues* RODRIGO.

¡Que habrá sido de él, Dios mio!.... ¡Ha desaparecido sin decirme á donde iba!.... ¡Quizá estará yá con los hermanos en Galicia! ¡Oh, supremo Dios!

Rodrigo. *(Dando un abrazo á Amaro)* ¡Amaro!.... ¡amigo mio!

Amaro. ¡Rodrigo!

Rodrigo. Salimos con victoria, ¡vive Cristo!

Amaro. ¡Ah!.... ¿y tu herida?

Rodrigo. No fué herida; fué una lijera contusion de la que ya estoy restablecido. ¿Y tu querido Amaro?

Amaro. Tambien fué una lijera contusion, que recibí á la caida del caballo. Nada. ¡Oh!... hablemos de otro asunto; hablemos de Clodio.

Rodrigo. ¿Sabes quien es?

Amaro. ¡Tu debes saberlo!

Rodrigo. Ya sé en que te apoyas para decirlo; en la sustitucion de personas bajo la armadura mia en el combate: ¿no es verdad?

Amaro. Precisamente.

Rodrigo. Cosa, que nadie sabe mas que tu.

Amaro. Creo, que nadie mas.

Rodrigo. ¿Y que te habrá admirado, eh?

Amaro. Si, si; pero concluyamos. ¿Quien es mi padre?

Rodrigo. ¿En esas estás?.. . Tienes edad bastante para saber quien es.

Amaro. Bien: pero una circunstancia me ha puesto entre dos: entre Luis de Vilamelle y Clodio Espasende.

Rodrigo. ¿Y á cual de los dos crees el verdadero?

Amaro. ¡Oh!... ¡hay tanta claridad en las pruebas, como en la luz del dia!

Rodrigo. Es cierto, ¡cáspita!

Amaro. Además; que el mismo Clodio me lo dijo.

Rodrigo. ¿Te lo dijo?... entonces... es Clodio.

Amaro. Luego, Luis de Vilamelle viene á ser.

Rodrigo. Tu padre de nombre, y Clodio el verdadero. ¿No te figuras como?....

Amaro. ¡Si, si!... ¡Ay!

Rodrigo. No puede ser mas claro. Supon que te enamoras de Ildara....

Amaro. ¡Oh! ¡calla, calla, Rodrigo

Rodrigo. Quien supone una condesa, supone cualquiera otra mujer.

Amaro. Cuanto decirme puedes con eso, bien lo comprendo.

Rodrigo. Callo, pues.

Amaro. ¡Han pasado cosas tan terribles para mi.... que no sé porque vivo! El conde á dicho, que era uno de los gefes de los rebeldes.

Rodrigo. La comunicacion de Villalba, lo salvó. Nosotros supimos que un mensajero lo trajo, anduvimos en su busca, y no pudimos dar con el. Luego el conde dió al traste con cierto proyecto de vuestro padre.

Amaro. ¡Como nosotros! ¿de quien hablas?

Rodrigo. De tu padre, y yó.

Amaro. ¿Conque estás en correspondencia con él?

Rodrigo. Á ti, te dijo que si: á otro le diria que no. Temo que esos diablos de Pedro y Enrique, nos estén escuchando.

Amaro. ¿Que hay, que temer de ellos?

Rodrigo. Una calumnia.

Amaro. Temes una calumnia?

Rodrigo. Siendo joven no la temes; cuando hayas adquirido mas esperiencia y mas mundo, te quedarás horrorizado al ver un calumniador.

Amaro. ¿Que calumnias pueden tramarse?

Rodrigo. ¡Ay Amaro! les costaría tan poco decir que conspiramos....

Amaro. ¿Y las pruebas?

Rodrigo. Se las forjarían á su manera, y en tanto que nos justificáramos, nos encerrarían en un calabozo. Y el calabozo es muy malo, para un hombre que conspira como yó.

Amaro. ¿Tú conspiras?

Rodrigo. ¡Con toda mi alma!

Amaro. ¿Por los hermanos de Galicia?

Rodrigo. Por los mismos. ¿No apruebas la igualdad de estado y condicion en el órden natural? ¿No vivirías con mejor gusto viendo libre á este antiguo pueblo, y no oprimido por antojo con la continua imposicion de fuertes y onerosos tributos para satisfacer caprichos?... ¡En el cielo no existen siervos ni señores; no hay mas que hombres libres!

Amaro. ¡Que locura te ha dado!

Rodrigo. ¡Chiton Amaro! guarda silencio; que en otros tiempos y distintos lugares bendecirás con alma, vida y corazon, las palabras que acabo de pronunciar conociendo el grado de su santa verdad y justicia!.... ¡Sígueme! *(vanse)*

Escena XXII.

ILDARA, *triste y pensativa llevando pendiente del cuello una cruz.*

¡Señor!... ¡señor!... ¡estraedme este corazon del pecho, que me inducirá á ser criminal! ¡que se revela contra lo mas sagrado de la muger.... que es el honor!.... ¿Porque no me le arrancais vos, que todo lo podeis, y que va á ser perjuro? ¿porque no impedís que á su vista se estremezcan mis fibras, se aparte la imágen de mi esposo, la idea de faltar á los deberes mas santos, y aun el amor que os profeso? ¿porque señor? ¿porque no alejais de

mí, hasta el pensamiento? ¿porque no me haceis desaparecer esas emociones que no pertenecen á vuestros sacros misterios?... ¡Oh! ¡vos no debeis querer que os olvide por él... y que olvidándoos á vos, lo olvide todo!... ¡Oh, Dios mio! ¡Dadme fuerzas para rechazar enérgicamente ese amor criminal que me inunda de palpitantes delicias, y que en vano pretendo desterrar!

Escena XXIII.

LA ANTECEDENTE y D. ALONSO.

D. Alonso. ¡Ah, mi querida Ildara! ¡gracias que os he hallado!

Ildara ¡Oh, señor!

D. Alonso. ¡Siempre con esta cruz encima!.... cualquiera diría, que es la purgacion de algun delito que has cometido.

Ildara. ¡Nunca se piensa bastante con el Salvador!

D. Alonso. Á vueltas con las contestaciones de monja. ¡Diablo! yo quisiéra verte mas alegre y cariñosa para mí.

Ildara. ¡Pero señor si os quiero mucho... mucho!

D. Alonso. Dame una prueba.

Ildara. *(Le dá un abrazo)* Ahí la teneis.

D. Alonso. ¡Te amo en este mundo mas.... que todo cuanto en él existe de bueno! ¡te amo como si te hubiera recibido por mano de Dios mismo! ¡amo tus lágrimas... tus suspiros... tus miradas... tus ademanes... y todo cuanto te pertenece y amas!... ¡perderte sería morir!

Ildara. ¡Oh, cuanto me amais, señor!

D. Alonso. ¿Me dás palabra de no entregarte tanto á esa vida ascética?

Ildara. Sí, os la doy.

D. Alonso. Ten horas fijas para ello, y no olvides á los que te aman ¡Á los que faltándoles tu amor, les falta el aire que deben respirar!

Ildara. ¡Oh, señor!... ¡si supierais!

D. Alonso. ¿Que no he de saber, que no sepa?

Ildara. *(Aparte)* ¡Ah!... ¡estoy perdida!

D. Alonso. ¿Tu amor á Dios?

Ildara. ¡Sí... si, mi amor á Dios!

D. Alonso. ¡Perdonadme señor, si soy egoista en ambicionar parte del tesoro de amor, que Ildara depone á vuestros pies!.... un amor sin contestacion....

Ildara. ¡Oh, si! ¡sin contestacion, sin respuesta!

D. Alonso. (*En ademán de marcharse*) ¿Puedo prometerme mas cariño de tu parte?

Ildara. ¿Porque no?.... ¿Pero me dejais sola, señor? ¿Os vais sin mí?

D. Alonso. ¿Quereis venir?

Ildara. Si; porque estando á vuestro lado reaparecerá en mi imaginacion....

D. Alonso. ¡No deseo tanto querida Ildara!.... quiero que oreis y penseis en Dios, pero que en cambio tampoco me olvideis. Vamos. (*D. Alonso le ofrece el brazo, ella lo acepta y vanse.*)

Escena XXIV.

AMARO, *y despues* ILDARA *y* D. ALONSO *desde la ventana.*

¡Que infortunios y que desgracias sobre mi se acumulan!.... ¡El misterio de mi verdadero padre, el naciente amor á la condesa Ildara, y los ágrios insultos proferidos con toda la amarga hiel por aquellas bocas infernales!... ¿Y un juramento de amistad prestado ante un conde, basta para vengar la muerte de Inés y Beatriz?... ¡no! ¡y mil veces no!... ¡Es indispensable sangre y muerte, y... moriré y mataré!

Ildara. (*Desde la ventana*) Hidalgo; ¿que hora es?

Amaro. (*Postrándose de hinojos*) ¡Oh, querida Inés, ¡querida Beatriz!... ¡Perdon! ¡perdon! (*Se levanta*)

Ildara. (*Aparte*) ¡Ah! ¡aun despues de muerta la ama!

Amaro. ¡Debo reiterar la peticion al conde, para un segundo combate!

Ildara. (*Aparte*) ¡Desgraciado! ¡anhela batirse por segunda vez!... ¡Oh, no te batirás no!

Amaro. ¡Hoy mismo si!

Ildara. Hidalgo; os he preguntado que hora es, y no he sido digna de respuesta.

Amaro. ¡Ah!... las diez señora. (*Aparte*) ¡Que bella es!

Ildara. ¡Ay!

D. Alonso. ¿Que te sientes mala Ildara?

Ildara. ¡Ah, señor!

D. Alonso. (*á Amaro*) ¡Vive Dios! ¿que haceis aquí?

Amaro. (*Aparte*) ¡Siempre esa sombra maldita trás ella! (*á D. Alonso.*) Señor.... nada.

Ildara. Dejadle, que en los dias....

D. Alonso Todos están borrachos. Já!... já!... já!... já!... (*D. Alonso é Ildara se retiran de la ventana, y Amaro se queda en pié como absorto y confuso.*)

CUADRO TERCERO.

La misma decoracion que en el cuadro primero, y una tablita con varios pergaminos sobre del banco.

Escena XXV.

RODRIGO, PEDRO y ENRIQUE, *yendose á sentar en la mesa y empezando á tomar copas.*

Pedro. No te creia tan capaz para echarnos fuera de combate Rodrigo.

Rodrigo. Yo juego el hacha lo mismo cuando se bate uno á muerte, como cuando me bato solo por batirme

Enrique. Ni yo tampoco, ¡Diablo!

Rodrigo. ¡Eh! pues otra vez será mas.

Pedro. No llegará el caso.

Rodrigo. ¡Cobarde!

Pedro. ¡Que sé yó, si lo soy! Lo que me consta, es que tu brazo es formidable.

Enrique. Hay para uno acordarse mientras viva. ¡Ah! te doy las gracias por haberme salvado la vida.

Rodrigo. La debes á Amaro.

Enrique. Amaro, tiene un corazon de niño.

Rodrigo. Si es un pobre muchacho, que á nadie ofende sin mas ni mas.

Pedro. ¿Quien le ha de ofender?

Rodrigo. Aquellos que le quieren no muy bien, (*Reclinándose en su asiento, y empezando á bostezar repetidamente como si el sueño estuviera proximo á rendirle*) que desean verle difunto.

Pedro. Quizá sus herederos.

Rodrigo. ¡Que herederos ni que naranjas! si no tiene mas que una torre arruinada y unos cuantos ferrados de tierra. (*Vuelve á bostezar*) ¡Que sueño tan maldito!

Enrique. Casándose con su hermana, no le vendria mal.

Pedro. No por cierto.

Enrique. Le doy la enhorabuena.

Rodrigo. La enhorabuena.... ¿de que? ¡de la muerte de Amaro! (*Vuelve á bostezar*) Dios sabe si moriremos antes que él. (*Finje quedarse dormido*)

Enrique. Rodrigo se ha dormido.

Pedro. (*Dándole algunos golpecitos en la espalda*) ¡Ea despierta!.... Ya está hecho un tronco. Tratemos de nuestra obra, y adoptemos uno de los medios que teníamos tan perfectamente combinados sobre la muerte de Amaro.

Rodrigo. (*Aparte sin hacer movimiento alguno*) Asi, oiremos.

Enrique. Tratemos pues.

Pedro. El conde dijo, que Clodio era uno de los gefes de los rebeldes. Ya verás: coje aquella tabla de pergaminos, y tráela aquí, sobre la mesa: y despues vete á buscar el tintero

Enrique. Bien; pero, ¿que piensas hacer?

Pedro. Nada: haz lo que te digo, y adelante.

Enrique. (*Coje la tabla y la pone sobre la mesa: y despues vá á buscar el tintero*) Bueno.

Pedro. Tengo gran confianza en que salga bien.

Enrique. (*Con un tintero en la mano, poniéndolo sobre de la mesa*) Aquí está. Me lo regaló mi maestro Fray Juan Lanas. ¿Que mas quieres?

Pedro. Que cojas la pluma y escribas sobre este pergamino.

Enrique. (*Cojiendo una pluma*) Ye estoy. Dicta.

Pedro. ¿Donde se encuentra el Mariscal?

Enrique. En Puertomarin.

Pedro. Pon pues: «Puertomarin veinte y cuatro Mayo. Mi estimado hijo Amaro de Vilamelle»

Enrique. (*Escribe*) Adelante.

Pedro. «He llegado á este pueblo, y héme unido al ejército del Mariscal.»

Enrique. Ya está.

Pedro. «Aqui nos hallamos reunidos para asaltar el jueves, el castillo del conde.»

Enrique. ¡Diablo! es para el conde.

Pedro. Sigue, torpe.

Enrique. ¡Hum! es que me parece la vamos á bailar.

Pedro. Bajo este supuesto, déjalo correr.

Enrique. No, no: prosigue.

Pedro. «Contamos con vuestra espada, para lo que teneis ya recibidos veinte mil maravedises, que es la mitad de lo pactado.»

Enrique. Adelante.

Pedro. «Y los otros veinte mil se os darán en el propio jueves.»

Enrique. ¡Si fuera verdad, no eran de perder!... He concluido. ¿Hay mas?

Pedro. Falta la firma. Pon.... «Vuestro padre, Clodio Espasende.»

Enrique. Ya está puesta.

Pedro. Ahora estráelo, y ciérralo en forma de carta.

Enrique. (*Estraiéndolo*) Ya está arreglado.

Pedro. Dámela, y mañana ó pasado mañana se la presentarémos al conde.

Enrique. Pero ...

Pedro. Nada: diremos que venía dirijida á Amaro, y que el paisano portador por equivocacion nos la ha entregado.

Enrique. Toma pues. (*Se la dá.*)

Pedro. (*Metiendo la carta en su escarcela*) Ahora brindemos por sú buen éxito. (*Apura una copa*)

Enrique. Y yó. (*Apura otra*)

Pedro. Volvamos á brindar por la belleza de la condesa Ildara.

Enrique. Brindemos. (*Apuran otra*)

Pedro. Tomemos otra, ¡vive Dios! que es segura la victoria.

Enrique. Sea. (*Repiten lo mismo*)

Pedro. ¿Porque no brindas por el dulce amor de Ildara?

Enrique. Porque soy tan feo, que se espantaría á cualquiera palabra de cariño que la dijera.

Pedro. (*Aparte*) Me siento mal. (*Á Enrique*) Te entiendo. ¿quieres decir que te la trasmite eh?

Enrique. (*Aparte*) La cabeza me dá vueltas. (*Á Pedro*) Una cosa así.

Pedro. Brindemos pues, otra vez. (*Aparte*) Hasta que nos mate.

Enrique. Amen. (*Apuran otra*) (*Aparte*) Todo me parece que danza á mi alrededor.

Pedro. ¡Ay, Enrique! .. ¡que me siento!... si... si, será.... (*Se queda aletargado*)

Enrique. ¡Por vida del otro mundo! parece que... tambien estoy chispon... yo no veo ni comprendo... nada... nada. (*Se queda aletargado tambien*)

Rodrigo. ¡Bravo!... mucho habeis tardado. (*Se levanta y llama à Pedro y Enrique*) Pedro.... Pedro.... este duerme como un liron. Probemos el otro. Enrique.... Enrique.... y este parece un cadáver. Ahora le sacaré la carta de su escarcela, y yó escribiré otra. (*Le saca la carta, coje un pedazo de pergamino y escribe*) Ya está. Ahora nos veremos. (*Mete la que ha escrito en la escarcela de Pedro: despues se aproxima á la izquierda, despide un silbido débil y apagado y vuelve á sentarse.*)

Escena XXVI.

CLODIO *disfrazado de fraile benedictino.*

Clodio. ¡Mucho me has hecho esperar Rodrigo!

Rodrigo. Señor.... habia otras cosas, que me llamaban mucho la atencion.

Clodio. ¡Como!

Rodrigo. Mirad. (*Le enseña el pergamino que han escrito Pedro y Enrique*)

Clodio. Bien: has hecho cuanto yó hubiera previsto para salvarle. Has comprendido la amarga y triste situacion de Amaro. Yó te lo agradezco en el fondo de mi alma, y quizá algun dia te recompensaré.

Rodrigo. ¡Oh! ¡señor! ¡dejad esa idea de gratitud! porque nada de sobra he hecho. He cumplido con mi deber.

Clodio. Ya una vez quise matar á uno, y me contuvo ser él tan buena lanza.

Rodrigo. Eso es otra cosa

Clodio. Si; esa idea me contuvo. No les pierdas de vista. Tente cuidado.

Rodrigo. Basta que vos me lo mandeis, señor.

Clodio. Pronto saldrémos de todo eso: he concebido un plan admirable para la toma del castillo, que pondremos en planta. Otro dia, hablarémos mas despacio, y sobre todo de Amaro.

Rodrigo. Sí.... si, señor. Pues él me ha hablado mucho de vós.

Clodio. ¿Demostró cariño?

Rodrigo. ¡Ay, señor!.... nada mas que deseos.

Clodio Deseos de saber quien soy; ¿no es verdad?.... ya lo sabrá en su dia. (*Óyense doce campanadas*) Son las doce, y es tarde para mí. ¡Mira Rodrigo! ¡Cuando le veas, dile que piense en su padre!... ¡Que le ama con toda la efusion de su alma! quizá mas.... que su misma madre le amaba!.... ¿Se lo dirás, Rodrigo?

Rodrigo. Descuidad, señor.

Clodio. ¡En tí descanso!.... ¡Adios! *(Vase precipitadamente)*

Rodrigo. *(Inmóvil siguiendo con la vista los pasos de Clodio)* ¡Adios, si!... ¡Adios!....

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa un frondoso bosque; pasando por el centro de este, un rio. Á la derecha del actor y en primer término ó sea antes del rio, el frontis de una casa rústica con unas cuantas sillas á ambos lados de su puerta: en segundo término ó sea á la otra parte del rio, un montecito pequeño cubierto de verde. Á la izquierda del mismo, el resto del bosque.

Escena primera.

MARET *por la izquierda en traje de montar y un látigo en la mano.*

Han dado las seis, y aun los condes están entregados al sueño. Á mí que tanto me agrada contemplar la naturaleza en las hermosas mañanas de Mayo héme fugado del castillo para dar un paseo por esos inmensos y frondosos bosques, percibir en mi rostro el suave y fresco airecillo mezclado con los débiles y armónicos cantos de las aleteadoras avecillas que saludan á la nueva aurora, y oir el blanco murmullo de un riachuelo. (*Dirijiendo la vista por todas partes*) ¡Oh!.... que cuadros tan soberbios y meritorios abre la naturaleza ante el caminante! ¡dignos solo del criador de los mares!.... Pero, ¡que hermosa mañana hace!.... ¡bellísima! ¡deliciosa! ¡y que bosque tan encantador, Dios mio!....

Escena II.

AMARO *sin tahalí ni espada, mirando de allá á cullá como distraido.*

Amaro. ¡Magnificos robles!.... ¡Arrogantes árboles!

Maret. ¡Hola, señor hidalgo!.... me alegro infinito encontraros en tan apacibles como deliciosos sitios, para hablar de su hermosura.

Amaro. Señora.... esperimentaría un placer sin límites, una felicidad gran-

dísima, si podia aceptar la honra que quereis hacerme: pero, una precision me obliga llegar cuanto antes al castillo.

Maret. ¿Al castillo?.... ¿quien reclama en el vuestra presencia? ¿no habeis salido al objeto de pasear?

Amaro. ¡Oh, no señora! vengo de mi torre y de ver mi á madre que está la pobre enfermita.

Maret. Y aun cuando eso sea.... ¿que puede llamaros en el castillo con tal urgencia?

Amaro. Mi obligacion.... mi deber.... á las diez debo estar en pie con la espada en la mano de centinela.

Maret. Si es eso solo ... yo os escusaré. Vuelvo á instaros á que ...

Amaro. ¿Pero, y el conde?

Maret. ¡Sois poco galante señor hidalgo! los de mi pais lo son mas. El conde.... el conde.... nada os dirá por aberme acompañado: al contrario. Mirad que elevados y pomposos árboles: allí rocas cubiertas de verde terciopelo, que parecen asientos destinados por la providencia á los amantes; allá casas coronadas de árboles; aqui un rio que murmura blandamente; y un azul cielo encima. ¡Ah! confesad hidalgo que es en estremo encantador, hermoso, divino, como obra del Hacedor.

Amaro. ¡Oh! confieso que vos sois la encantadora, hermosa, divina, como un ángel.

Maret. Señor hidalgo; esa galanteria aleja á la oposicion de acompañarme.

Amaro. ¡Ah!, señora! temo tanto el castigo del conde, que....

Maret. ¡Decid, que yo os he mandado, y vos habeis obedecido!

Amaro. Gracias señora. Lo diré para mi descargo.

Maret. ¿Que dirán los condes, cuando no me vean al levantarse?

Amaro. Supongo tendrán conocimiento de vuestra salida.

Maret. No, he dejado encargado que nada digan.

Amaro. Entonces se asustarán é irán en vuestra busca.

Maret. Cabalmente es lo que quiero. De esa manera les proporciono una alegria.

Amaro. ¿Del encuentro, del regreso?

Maret. Eso es.

Amaro. ¡No dejará sin embargo, de causarles un pesar primero!

Maret. Pero, la alegría lo borrará completamente sin dejar rastro de el. ¿Nunca habeis presentado esa alegria con iguales condiciones á vuestras damas?

Amaro. No; porque esas alegrías, son una causa previa de un padecimiento y de una ansiedad, señora.

Maret. Si en pos viene la ventura, ¿que es el padecer?

Amaro. Un sufrimiento con todas sus consecuencias. ¿Y que es la ventura si se ha padecido antes?

Maret ¡Oh!.... teneis razon. (*Se sienta*) Como el padecer es tan amargo..

Amaro. Con facilidad, ciertos corazones se acostumbran á el.

Maret. Este bosque encantador lo apreciaría mas su encantadora si no produjera hidalgos, que ahogen en su fondo el sentimiento de no hacer centinela cuando les toca la hora. ¿Lo sabeis?

Amaro. (*Aparte*) ¡Ya es mia!... ¡gané la apuesta! (*á Maret*) Yo os haré ver todo lo contrario: os daré pruebas que al llegar al castillo juzgareis de imposibles: os obligaré á decir en fin, que os ha acompañado un hidalgo loco.

Maret. ¡Loco!.... bien. Tomad asiento.

Amaro. ¡Si; loco de amor! (*Se sienta*)

Maret. ¿Por donde empezareis vuestras locuras?

Amaro.. Por deciros que....

Maret. ¿Que?

Amaro. ¡Quizá mis palabras puedan ofenderos!

Maret. Bien; ¿y que?

Amaro. ¿Que hariais?

Maret. Reirme; y decir á los condes que me ha acompañado un hidalgo loco. Vamos dad principio á vuestro papel de loco.

Amaro. Primero os digo, que no os concedo superioridad sobre mí.

Maret. ¿En la risa?.... de seguro que perdereis.

Amaro. No, en clase. Por cuanto me acerco mas hacia vos. (*Se acerca mas á ella*)

Maret. No me disgusta. Con eso os ciré mejor. Hablad.

Amaro. (*Aparte*) Gané la apuesta. (*Á Maret*) Sois bellísima.... angelical.... divina....

Maret. Já!.... já!.... já!.... já!.... já!.... Tompoco me disgusta la lisonja, aun cuando la pronuncie la boca de un loco.

Amaro. ¡Sois tan bella!... ¡Oh, tan bella!... que os adoro como un loco... no, no; como un cuerdo.

Maret. Já!.... já!.... já!.... já!.... já!...., ¡Dios mio! he ahí una idea

graciosa. ¡Un loco dice, que me ama como un cuerdo! ¡vaya un contraste! ¿quien no hace de los hombres lo que quiere?... ¡Seguid mi loco amante!... ¡Adelante!

Amaro. Ya que os he dicho sois bella, y que os adoro....

Maret. ¿Que os detiene?

Amaro. Es que....

Maret. ¿Tantissimo trabajo os cuestan las palabras que me vais á decir? ¡Ay! ¡que bien desempeñais el papel de loco!

Amaro. Me habeis asegurado no os enfaderéis aunque provoque vuestro enojo, pues bien; os ruego.... os pido un.... (*Acercándose aun mas*)

Maret. ¡Jesus Maria! ... ¿otra vez?.... Ahora si, que os digo no haceis el papel de loco, sino de tonto.

Amaro. (*aparte*) Tiene razon.

Maret. Mas deseo veros loco que tonto.

Amaro. Os digo que sois bella, adorable, que os amo y os idolatro, y desearia una mirada de fuego de esos ojos de azabache, y un beso de esos purpurinos labios.

Maret. (*Se levanta con mucha calma, apártase un poco de Amaro, y se prepara para darle un latigazo*) ¿Acabaremos de una vez, señor loco? Me decís que me amais.... que me adorais.... y me pedís un beso; está bien: acercaos á recibirle.

Amaro. (*Levantàndose con rapidez, vá á darle un beso.*) ¡Oh, felicidad colmada!

Maret. (*Dandole un latigazo*) Tomad.

Amaro. ¡Diantre!

Maret. Já!... já!... já!... já!... Adios hidalgo. (*vase*)

Amaro. ¡Oh!.... yo te he de alcanzar, y.... prometo no me escaparás! (*vase*)

Escena III.

PEDRO y ENRIQUE.

Pedro. En cuanto entregue la carta al conde, no has de decir ni hacer nada. Solo afirmarás la verdad con movimientos de cabeza, cuando mis frases necesiten ausilio para corroborar su significativo. ¿Lo entiendes? ¿estás enterado?.... Porque si así no lo haces y hablando dos, corremos peligro de envolvernos en una contradiccion, que á la perspicacia del conde no se

le ocultaria de reparar. Y entonces nos sorprende con la falcedad en la punta de la lengua, y podias contar con nuestra suerte. ¡Los palos.... ó la horca!

Enrique. ¡El diantre del hombre, esas penas las tiene en la órden del dia!

Pedro. Ya ves, son divertidas.

Enrique. ¡Maldita la gracia que me harian, si me las mandaba aplicar! ¡Demonio!

Pedro. Y á mi. En ese caso buscar el medio para librarnos.

Enrique. Del modo que has indicado.

Pedro. Bueno.

Enrique. Cuando estés hablando despues de habersela entregado, rogaré interiormente á Dios, me dé un poco de sueño, y asi afirmaré cada palabra, cada espresion que salte de tu boca, con movimientos ó mas bien dicho con golpes de cabeza. ¿Te parece bien asi?

Pedro. (*aparte*) Es mejor que haga el tonto, que no el entendido. (*Á enrique*) Si; pero cuidado que cierres ni habras los ojos, ni tampoco que bostezes.

Enrique. No, no. Quiero decir aquellos sueños que no son sueños; sino una pesadez de cabeza.... que me haga dar la señal de si en cada momento sin permitirte concluir la espresion.

Pedro. ¿Quieres encolerizar al conde? ¿quieres enojarle con tal comportamiento?....

Enrique. No deseo tal: ¡Dios me libre!

Pedro. Pues haz lo que te prevengo. Cuando yo diga, «Enrique lo ha presenciado... Enrique estaba cuando ha sucedido... Enrique tal ó cual...» entonces debes acompañar mis frases con las palabras de «si señor... es verdad...» en fin, ¿lo entiendes?

Enrique. Si, si: enterado,

Pedro. Gracias que poco á poco habrás entrado.

Enrique. ¡Hombre! ¿no habia de entrar? ¡No parece sino que tratas con un necio!

Pedro. (*aparte*) Necio, no: pero bruto si. (*Á Enrique*) ¡Que malicioso eres! ¡vaya, vaya! En la vida me hubiera figurado que fueses tan....

Enrique. ¿Hemos de reñir Pedro?

Pedro. ¡Disparate!

Enrique. A otro asunto pues.

Pedro A propósito. ¿Crees, que nuestra víctima se haga digno ni por sus halagos, ni por sus prendas personales, ni por sus apasionadas miradas, ni por sus dulces declaraciones, ni por sus gracias, ni por nada, al amor de la condesa Maret?

Enrique. No. Tiene infaliblemente perdidos los dos mil, que apostó por su conquista.

Pedro Con todo; es joven, muchacho aun, y como las mujeres son tan susceptibles, propensas y amigas de lo que llaman rareza, que nosotros traducimos capricho, nada de particular tendria que nos diera chasco.

Enrique. Cuasi, cuasi es una verdad lo que dices.

Pedro. Es una sentencia.

Enrique. Pero que, ¡demonio! si fuera un buen mozo como tu....

Pedro. Ganaba la apuesta.

Enrique. Si tus ojos, esos ojos tan hechiceros que cede ante ellos la menos sensible y de corazon mas duro....

Pedro. ¡Oh!.... la victoria segura.

Enrique. Si tu negro pelo se pudiera trasladarlo á su cabeza...

Pedro. ¡Lisonjero estás por vida mia, Enrique!

Enrique. ¡Oh!... ¡Si conforme tu varonil figura que se parece á la de un ángel pudiera correr con paridad la mia, no hallaria obstáculo alguno y cien mil apuestas por minuto apostaría, en rendir á mi gusto el corazon de la dama mas voluble y orgullosa. Pero como mi figura corre parejas con la de un oso negro y feo....

Pedro. ¿Te burlas de mi?

Enrique. ¡No confundas la burla con la verdad! que es muy distinto.

Pedro. Enrique, tu quieres....

Enrique. Nada absolutamente.

Pedro. Despues, que te digan tonto.

Enrique. Vanidoso y presumido de mi fealdad.

Pedro. No tanto.

Enrique. Y á ti, de tu hermosura y buena mocedad. ¡Eh!

Pedro. ¡Bravo.... bravíssimo!

Enrique. Tambien y con toda la fealdad sabeis decir, que saco mejor partido con mi sistema de rapto, que vosotros con vuestro orgullo de buenos mozos.

Pedro. No es legal, ni arma de buena ley el tal sistema.

Enrique. Legal ó ilegal yo me quedo con la presa hasta estar satisfecho, y vosotros con la ilusion y tres grados mas de calor.

Pedro. Es práctica innoble y no admitida.

Enrique. La nobleza en la espada : no en la mujer.

Pedro. ¿Porque tan estraña aplicacion de la hidalguia?.... ¡la hidalguia es una ley particular, que no admite distincion de personas ni de actos, Enrique!

Enrique. La hidalguía es un privilejio que solo lo gozan los que lo han adquirido por cualquier motivo ó causa, y por consiguiente como á tal se aplica en el modo y forma que el privilejiado considera conveniente.

Pedro. No estamos muy acordes con eso.

Enrique. Estarémos discordes

Pedro. Se lo preguntarémos al conde.

Enrique. ¡Toma!... ¿por una opinion privada vas á cansar al conde?

Pedro. En duda y discordes, ¿porque no?

Enrique. Porque es una necedad y una tontería mayor.

Pedro. ¡Por san Crisóstomo!... conque es....

Enrique. No me cabe duda.

Pedro. ¡Vaya una gracia!

Enrique. Las gracias en las faldas, no en mí, Pedro.

Pedro. Mejor será que....

Enrique. Alejemos la cuestion, y marchemos en busca de gracias.

Pedro. Perfectamente. ¿Á ellas pues?

Enrique. Á ellas. (*vanse*)

Escena IV.

MARET *con el mismo traje, y luego* AMARO.

Maret. ¡Jesus.... Jesus! ¡con mi amante loco!.... ¡Vaya, que tímido es el tal! Al acercarse á mí, tiembla.... tartamudea.... y que se yó. Cuando ansiosa espero va á suplicarme le dispense una recompensa que le haga feliz, se me queda con la palabra entre dientes.

Amaro. (*Cabizbajo*) ¡Oh, señora!... ¡señora!

Maret. (*Aparte*) Aquí está. (*á Amaro*) ¿Que teneis mi amante loco?

Amaro. ¡Ah! ¡no soy vuestro amante loco!

Maret. ¿Sois mi amante cuerdo?

Amaro. ¡Imposible!

Maret. ¿Imposible decís?

Amaro. Sois casada, y todo una condesa....

Maret. ¿Jamás habeis tenido una condesa, que os amase?

Amaro. Nunca.

Maret. ¿Y una casada?

Amaro. Tampoco.

Maret. Si, que la habeis tenido; os lo conozco. Lo leo en vuestra frente.

Amaro. Señora....

Maret. Amante loco ó cuerdo: ¿porque no he de poder amaros, como os habrá amado esa casada?

Amaro. ¡Oh!... ¡sería una felicidad.... y la felicidad á tiempo que es mi mas encarnizado enemigo!

Maret. ¡Pobrecillo!... ¡infeliz!... já!... já!... já!... já!... já!... já!.... ¿Sabeis hidalgo que me divierto con vós, mucho?

Amaro. (*Aparte*) ¡Ya cederás!

Maret. ¿No contestais?.... ¿sin duda quereis que os haga el amor ahora?... ¡Señor cuerdo, sería lo que mas tendría que ver!... já!.... já!... já!... já!.... ¡Calla!.... os veo muy pensativo, y no sé el porque se me figura, no podré colocaros al terreno de amante loco otra vez.

Amaro. ¡Bien podeis desvanecer toda esperanza, señora!

Maret. ¿Decididamente no haréis mas el loco?

Amaro. Vuestro látigo es de lo bueno que he visto y mas primorosamente trabajado, condesa. ¿Donde lo habeis adquirido? ¿En Paris, ó en Turin?

Maret. En Nápoles; es muy fino; ¿no es verdad?

Amaro. No señora; es estremadamente grosero.

Maret. Decidme; ¿de quien es esta Torre? (*Señalando la casa*)

Amaro. La de Mauro.

Maret. ¿Como se llama su dama?

Amaro. Isabel.

Maret. ¿Jóven?

Amaro. Jóven.

Maret. ¿Bella?

Amaro. Bella.

Maret. ¿Amable?

Amaro. Amable.

Maret. ¿Como se llama su hidalgo?

Amaro. Rodrigo.

Maret. ¿Mas amable que mi hidalgo loco, cuerdo, ó necio?

Amaro. Unas veces soy loco, otras cuerdo, y otras necio. (*Aparte*) Segun como se presenta el campo enemigo.

Maret. ¿Ahora, que sois?

Amaro. Dejo á vuestro antojo la calificacion que querais.

Maret. Dentro breves minutos os la diré. Por de pronto hacedme el obsequio de subir á esta casa, y pedir en mi nombre de Maret (no de condesa) á la dama, que tenga la fina amabilidad de presentarse. Tengo un vivo deseo de conocerla.

Amaro. Muy bien. (*Entra en la casa, y comparece con Isabel*)

Maret. (*Sentándose*) Yo he de ver á esa niña tan hermosa, tan bella, tan graciosa, tan divina como me han supuesto, y cuyo corazon pertenece esclusivamente al arrebatador Rodrigo.

Escena V.

MARET, ISABEL y AMARO.

Isabel. (*Aparte á Amaro*) ¡Ah!... ¿Quien és esta dama tan lujosa?

Amaro. ¿Que os importa el saberlo?... Ella misma os lo dirá.

Isabel (*Aparte*) ¡Escelente visita!

Amaro. Señora.... aquí teneis la dama de esta torre.

Maret. (*Dándole una mirada*) (*Aparte*) Vamos es bonita. (*á Isabel*) Hacedme el favor de acercaros y tomar asiento.

Isabel. Tanta honra señora.

Maret. Tomad asiento. Y vos tambien Amaro.

Isabel, (*Sentándose y aparte*) ¡Oh!.... ¡Amaro!

Amaro. (*Sentándose y aparte*) ¡Es un serafin!

Maret. ¿Os sentís mala?

Isabel. No... no No es nada.

Maret. Amaro: ahora si, que ni os califico de loco, ni de necio, ni de cuerdo, sino de torpe.

Isabel. (*Aparte*) ¡Ah!... no entiendo....

Maret. Vos juzgaréis si tengo razon, señora. Le mando que entre y os diga me hagais el placer de presentaros, y me deja un cuarto de hora aban-

donada. (*á Amaro*) ¿Hasta cuando pensabais tenerme de centinela, Amaro?

Amaro. ¡Oh, señora!....

Isabel. Señora; ¿me diréis á quien tengo el honor de hablar?

Maret. Supongo que mi esposo, ya os lo habrá manifestado.

Isabel. ¡Oh! no señora; nada me ha dicho, y ni tampoco sabia se hubiera enlazado.

Maret. Es una fatalidad señora; mi marido de cada dia va adquiriendo mas torpeza. Miradlo sinó: parece que le coje de susto, que le sorprende.

Isabel. (*Dando una mirada á Amaro*) Verdaderamente.

Maret. Vamos mi querido esposo, que no llegue hasta tal punto vuestra tonteria delante de esta dama. (*Mostrando el látigo á Amaro con marcada intencion*) Contad cuantas horas.... no cuanto tiempo llevamos de matrimonio. En fin contad lo que sea costumbre.

Isabel. Celebro mucho vuestra boda, hidalgo.

Maret. Es ademas de torpe, el mas huraño. Vedle hecho un niño criado en la soledad al lado de un hermitaño, y presentado ante una dama bella y pura, encantadora y angelicál.

Isabel. Señora, tanta lisonja....

Maret. Cuanto mereceis con justicia.

Isabel. Os doy las gracias.

Maret. Miradlo no habla, ni sabe nada. Tan solo sabe distinguir los besos de amantes con los de hermanos.

Amaro. Y los de amantes locos, de los de amantes cuerdos.

Maret. Querido esposo; ¿queréis que os recuerde delante de esta dama, esa ciencia de que haceis alarde? ¿La distincion de los besos?

Isabel. ¡Oh! ¿que ciencia?

Maret Me ha pedido un beso, y yo.... le he alargado un latigazo.

Isabel. Habeis hecho muy bien.

Maret. Contad esposo mio, como me conocisteis siendo dama de honor de la condesa. ¿Conoceis á la condesa de Monterrey, Isabel?

Isabel. No señora.

Maret. ¿Nunca se ha aproximado á vuestra vista?

Isabel. Tampoco.

Maret. ¿Tendríais gusto en conocerla?

Isabel. Frenesí tendría por ello; porque me han ponderado estraordinaria-

mente su encanto y hermosura, cual si fuera una divinidad.

Amaro. Es verdad Isabel. En cambio no puede estar un instante callada. Es una mujer que habla mucho.... mucho.

Maret. ¿Mas que vuestra esposa?

Amaro. Asi, asi: una cosa enteramente parecida.

Maret. ¿Tambien afloja latigazos por besos?

Amaro. Que se yó. Sin embargo puedo decir que sí, pues no ha mucho que me ha sacudido uno tan bueno, que me ha hecho trinar.

Isabel. ¿Quien? ¿la señora condesa?

Maret. Já!.... já!.... já!.... já!.... já!....

Isabel. Que, ¿la habeis encontrado por esos bosques de Dios?

Amaro. Si tal. De manera que la he acompañado aquí.

Isabel. (*Con los ojos fijos á Maret*) ¿Hasta aquí?.... Señor hidalgo; vos no haceis cara de casado. Y esta señora....

Amaro. Teneis razon; no pretendo ser marido. Y esta señora á quien dirijis la palabra, es la citada condesa en cuerpo y alma.

Isabel. (*Cojiendo la mano de Maret y besándola*) ¡Ah señora!

Maret. Isabel: soy realmente la condesa, y os ruego me dispenseis....

Isabel. ¡Vos debeis perdonarme por haberos hecho un recibimiento, tan poco digno de vuestra alta clase!

Maret. (*Levantándose los tres*) No busco ni pido mas, que buen humor. Si algun dia me necesitais, me hallaréis señora Isabel. (*vase*)

Isabel. El cielo os guarde señora. Y á vos tambien hidalgo. (*vase*)

Amaro. ¡He de quedar triunfante.... y venceré á costa de impertinencias! ¡no importa!.... ¡Á ella, y fuera miedo.... y se rendirá el castillo!.....

(*vase*)

Escena VI.

RODRIGO.

¡Que cosas suceden tan incorrectas y estrañas!.... la conspiracion que avanza á pasos agigantados, que cuenta con muchísimos elementos, que de un dia á otro les hunde en el polvo, quel os envuelve antes de dispertar, que llamará á las puertas de sus dormitorios para intimarles la rendicion, y que en fin no podrán apelar á la espada para defenderse sino reconocer el derecho que invoque el vencedor por causa de su gran descuido, y D. Alonso no viendo mas allá de sus narices no pensando en mas, que en el amor de su

condesa Ildara, como si eso tuviera que librarle del abismo que tiene á sus pies y en el que pronto va á caer de patitas. ¡Desgraciado!.... D. Sancho embriagado en el charlatanismo y voluptuosidad de su Maret. Los hidalgos continuamente dados en bacanales, borracheras, amoríos, y apuestas: y las condesas en aventuras amorosas con ellos, en paseos matutinales por los puntos mas solitarios, y en disputarse el mas buen mozo, rendido y galante. ¡Conducta bastante anómala atendida la espuesta situacion, que estamos atravesando!.... No obstante para el triunfo de los hermanos, de mis queridos hermanos de Galicia, les suplico de todas veras continuen con sus alegrías... con sus amoríos.... con sus esplendidas y completas borracheras. ¡Oh, si!.. ¡descansad! ¡vivid en el descuido! ¡y trás la risa le sucederá el llanto y el difunto á un tiempo! pero, ¿y Amaro? ¡pobre Amaro! es necesario que tambien conspire; que sepa quien es su padre; y que ha su lado le está reservado un alto puesto. Si; ¡he de verle.... hablarle.... y convencerle!

(*vase*)

Escena VII.

D. ALONSO y PEDRO.

D. Alonso. Pronto hemos llegado, Pedro

Pedro. Trabajo nos ha costado, señor. ¿Os hallais cansado?

D. Alonso. No. El camino es corto y bueno....

Pedro. Es cierto, señor.

D. Alonso. ¿Os han dicho, que debía estar en este lugar?

Pedro. Me lo han asegurado.

D. Alonso. Ya lo veis.

Pedro. Señor.... me habrán engañado.

D. Alonso. ¡Ese demonio de condesa es capaz hoy, de volvernos locos á todos!

Pedro. (*Aparte*) Y hasta de matarnos á pesares.

D. Alonso. ¡Voto á S. Juan! ¿conque os han engañado?

Pedro. Un paisano que ha dicho haberla visto pasar á caballo, que luego apeóse, y entró en este bosque.

D. Alonso. ¿Como se llama ese paisano?

Pedro. Lo ignoro.

D. Alonso. Seguidme pues; y luego regresaréis. (*vanse*)

Escena VIII.

MARET, *y despues* AMARO.

Maret. ¡Diablo de hidalgo! me sigue por todas partes como un corderito.

Amaro. (*Aparte*) Si de esta me escapas, que me ahorquen.

Maret. Pero, es tan tímido.... y tan tonto, que.... vamos; no me agradan los hombres de ese carácter.

Amaro. Señora Maret....

Maret Acercaos, amante mio.

Amaro. Tal honor.. .

Maret. Apartad cumplidos de salon, que en el campo todos son libres como las aves.

Amaro. ¡Oh! señora....

Maret. Observo que alguna afeccion os atormenta en este instante.

Amaro. ¡Ciertamente!

Maret. ¿Que pensais en la dama?

Amaro. (*Aparte*) Á propósito: eso va bien. (*Á Maret*) ¡Si!.... ¡si!....

Maret. ¡Ah! ¡conque pensais en ella! ¿puede saberse en que sentido?

Amaro. Yo mismo no lo sé, señora.

Maret. Facilmente se esplica. ¡Compadeceis su aislamiento.... su soledad.... y temeis ver á Rodrigo la haga mas llevadera!

Amaro. ¡Me hacen daño vuestras palabras!

Maret. ¡Mas daño me hacen vuestros pensamientos!

Amaro. ¿Á vos?

Maret. Si, hidalgo. Á mí á mí.

Amaro. Había pensado otra cosa.

Maret. Decidla.

Amaro. Se hace necesario mucha confianza.

Maret. Os-la concedo.... la teneis.

Amaro. ¡Podría ser un insulto!

Maret. No importa; hablad.

Amaro. No, no. Me he propuesto desempeñar el papel de hidalgo cuerdo, y decírosla sería hacer el de loco.

Maret. No seais tan misterioso. ¡Hablad.... decid!

Amaro. Imposible.

Maret. ¿Tan malo es?

Amaro. ¡Puede ser un insulto ó una verdad!

Maret. Bien; si es un insulto, os lo toleraré sin consecuencias: y si es una verdad, os lo diré con franqueza. Vamos, ¿que prueba quereis de que no me enojaré sea lo que sea?

Amaro. (*Aparte*) Es mia, rindióse la coqueta. (*Á Maret*) Señora....

Maret. ¿Que prueba quereis, de mi tolerancia ó mi franqueza?

Amaro. Me bastaría un apreton de manos.

Maret. Tomad mi mano.

Amaro. (*Cojiendo la mano de Maret y apretándola entre las suyas*) ¡Oh! con esta prueba sean los resultados cualquiera, os lo voy á decir.

Maret. Ya os escucho.

Amaro. He pensado que interesándoos amorosamente por mí, teniais celos de aquella dama aislada

Maret. ¿Y si os digo que en efecto, tengo celos?

Amaro. ¡Mi felicidad sería inmensa! ¡pensaría que Dios desde su alto y celestial trono, había escuchado mis preces! ¡pensaría que me amais! (*Vuelve á cojer la mano de Maret, y repite el apreton*) ¡Ah, condesa Maret!.... ¡todo me parece un sueño!

Maret. ¡Un sueño!

Amaro. De amores, señora.

Maret. ¿Ya no volveréis á acordaros mas de la dama?

Amaro. ¡Hoy, imposible el olvidarla!

Maret. Es decir ... ¿que no soy nada para vós?

Amaro. Si tal. Sois una mujer hermosa.... adorable....

Maret. Entonces.... ¿que lugar ocupo entre ella y yó?

Amaro. ¡Oh, señora!.... ¡creo que estoy loco!

Maret. ¡Loco!

Amaro. ¡Oh, si!.... ¡loco de amor!

Maret. ¿Por ella?

Amaro. Por vós.

Maret. ¿Como me lo probais?

Amaro. No pensando mas en ella.

Maret. ¡Veremos como cumplís esa prueba de amor!

Amaro. ¿Y vós?

Maret. ¡Yó!.... ¿que de hacer?

Amaro. Probarme que me amais tambien, condesa.

Maret. ¿Que prueba de amor quereis? ¿admitís esta sortija?

Amaro. Bien.... dadme.

Maret. (*Dándole una sortija*) Tomadla.

Amaro. (*Aparte*) Creerán que la conseguí por otra cosa. (*Á Maret*) No me basta la sortija; deseo uno de esos hermosos rizos cuyo perfume me enbriaga de pasion.

Maret. (*Dándole un rizo*) Bien, tomad.

Amaro. (*Toma el rizo de Maret y aparte*) ¡Bravo!

Maret. ¿Os he probado quo os amo? ¿pensaréis en la dama?

Amaro. Con amor, ¡jamás!

Maret. ¿Pensaréis tan solo en mí?

Amaro. Con amor ¡siempre!

Maret. Tambien pensaré en vós, con amor.

Amaro. ¡Oh, si!

Maret. ¿Me olvidaréis?

Amaro. ¡Nunca!.... Dormiréme pensando en vós, y dispertaré pensando en Dios.

Maret. ¡Admirable!.... ¿Y que haréis para volverme á ver?

Amaro. Lo que cualquier tonto: esperaré me vengais á buscar.

Maret. ¡Detestable!.... ¡horrible!

Amaro. Vaya lo uno por lo otro, señora.

Maret. ¿Si nada hago por veros, nada haréis por verme?

Amaro. Nada.

Maret. ¿Absolutamente nada hidalgo?

Amaro. Absolutamente nada, condesa.

Maret. Es decir, ¿que no me amais?

Amaro. Os amo como un tonto.

Maret. Los tontos buscan á las personas, que aman.

Amaro. Los tontos como yó, huyen de ellas en vez de buscarlas.

Maret. ¿Sabeis el compromiso que un hombre contrae, cuando dice á una mujer que la ama?

Amaro. El de amarla.

Maret. Amar, es buscar.

Amaro. Y los hombres que aman á Dios, ¿suben al cielo buscarlo?

Maret. Porque es imposible.

Amaro. He ahí mi amor á vós. Como no podré subir á daros los buenos

dias en vuestra cámara, os amaré de lejos sin ir á buscaros.

Maret. ¿Porque no?

Amaro. Porque sois casada.

Maret. ¿No volvereis á acordaros de mi?

Amaro. Jamás.

Maret. No volviendo yo á encontraros, ¿trataréis de buscarme?

Amaro. Nó.

Maret ¡Ah!.... ¡Adios!.... (*vase*)

Escena IX.

DICHO y RODRIGO.

Rodrigo. ¿Donde diablos andas, Amaro?

Amaro. Con ellas.... y siempre trás ellas.

Rodrigo. ¿Has estado aqui, con la condesa?

Amaro. ¿Maret?.... justamente.

Rodrigo. ¡Esas citas amorosas, Amaro.... te van á costar la vida!

Amaro. Nada temo.

Rodrigo. ¡Desgraciado!.... ¿no sabes que ha salido del castillo el conde acompañado de Pedro, en busca de la condesa? ¿Ignoras acaso que si os sorprende te manda colgar?.... ¡Oh, Amaro! ¡eres muy jóven, y..... no conoces el terreno que pisas!... ¿No comprendes lo espuesto y crítico de un amor, con gente de esa clase?

Amaro. (*Enseñándole el riso y la sortija.*) ¡Mira lo que he alcanzado á fuerza de constancia y sufriendo mil impertinencias y dicharachos con que me ha bautizado! Unas veces me calificaba de loco; otras de cuerdo: otras de necio; otras de torpe; y ultimamente de tonto.

Rodrigo. Á eso y á mucho mas se espone, el hidalgo que quiere volar á esa altura.

Amaro. Y despues caer en el ridículo y en la irrision de los demas. ¡Oh!.. no obstante; podria ponerlos á raya y aplacar el orgullo de ella, con la presentacion de estas prendas que constituyen una irrecusable prueba de su amor.

Rodrigo. Indudablemente es una prueba. Pero despues de todo ¿sabes lo que obtendrías?

Amaro. ¡Un silencio sepulcral por parte de ellos, y una afirmacion vergonzosa y humillante por parte de ella!

Rodrigo. ¡Una estrepitosa carcajada por ellos, y un compromiso y negacion completa por ella! he ahí su resultado. Y cualquier otro que por tu imaginacion pase, no escederá de una ilusion.

Amaro En mi lugar, ¿que harias?

Rodrigo. ¿Interviene apuesta?

Amaro. Dos mil maravedis.

Rodrigo. Eso no es nada.

Amaro. ¿La burla y el desprecio?

Rodrigo. Tampoco es nada.

Amaro. ¿Y las vejaciones que habré de sufrir?

Rodrigo. Ni tampoco es nada.

Amaro. Pues, dí: ¿que harias?

Rodrigo. Arrojar las prendas á la corriente de ese rio, no pagar los dos mil maravedís y no sufrir ni una palabra.

Amaro. ¡Magnífico plan! ¿como lo concibes?

Rodrigo. Muy sencillamente. Sentémonos. *(Se sientan)* Primero y antes de empezar, es preciso me prometas por tu nombre y por tu hidalguia no descubrir el secreto, y echar el rizo y la sortija en el rio.

Amaro. ¡Oh, Rodrigo! eso....

Rodrigo. ¡Nada.... ó desaparezco de tu lado en un abrir y cerrar de ojos!

Amaro. ¡Ah!.... ¡sea! *(Se levanta, tira la sortija y el rizo en el rio, y despues vuelve á sentarse)* ¿Estás satisfecho ahora?

Rodrigo. Sí.

Amaro. ¡Pues comienza; ya te escucho!

Rodrigo. Hace dias que colocado Amaro entre los demás hidalgos en el salon de armas del castillo apurando copas en medio del bullicio que reinaba, cuando dos por una cuestion frívola y de muy poca monta osaron levantar el brazo, y tirarle las botellas en la cara Él, tomó el insulto como revestido de un caracter de broma aunque si fuera pesado. ¿Te acuerdas Amaro?

Amaro. ¡Tu fuiste uno de ellos!

Rodrigo. ¿Me perdonas?

Amaro. ¡Si, si! ... Adelante.

Rodrigo. Fué tomando el tal proporciones de un género tan estraño, que

ademas de trasladarse á ser realmente un insulto, pasó á ser por ciertas revelaciones á un ultraje con vil lengua inferido á vivos y á muertos.

Amaro. ¡Ah!... ¡Rodrigo!.... ¡Rodrigo, por Dios!

Rodrigo. Herido desde aquel momento en lo mas profundo de su corazon...

Amaro. ¡Sangre brota aun la llaga.... y venganza claman las dos deshonradas! ¡las dos víctimas!

Rodrigo. Dirijióse de tan enojosa como horrible insolencia un reto á muerte, que al pedir permiso al conde impuso por condicion fuera dos á dos, toda vez que eran dos los retados. Yó.... inducido por la amistad, amistad y cariño que profeso á Amaro, me brindé y aceptó ser uno de los lidiantes á favor de su causa.

Amaro. ¡No me canso de darte las gracias, Rodrigo!

Rodrigo. Acercóse la hora del combate, sonó la señal, y cada uno avanzó con el hacha levantada dispuesto á morir ó matar, hácia su contrario Del primer choque no resultó mas que dos lijeras contusiones, que á no haber dado la caida un caballo, no hubieran merecido mentarse siquiera. Vino el segundo choque, derribé á mi contrario, y hubiera sucumbido á mis pies por otro segundo hachazo, si cuando iba á descargarle no hubiese oido una voz conocida que pedia gracia para el vencido.

Amaro. ¿De quien era esa voz?

Rodrigo, La de tu padre.

Amaro. ¡Ah!.... ¡la de mi padre!

Rodrigo. ¡La del finjido arquero!

Amaro. ¿Que dices?

Rodrigo. ¡La del supuesto Clodio Espasende!

Amaro. ¡Como!.... ¡Rodrigo!.... ¡No te entiendo!

Rodrigo. ¡Luego me entenderás!

Amaro. ¡Por Dios!.... ¡por lo que mas amas en este mundo!.... ¡Sácame pronto de esa duda que me asesina! ¡de esa duda que me mata!

Rodrigo. Cumpliré con lo que deseas.... mediante condicion.

Amaro. ¿Que condicion?.... ¡habla ... pide!

Rodrigo. ¡La de conspirar conmigo, huir del castillo, y á pelear al lado de los hermanos de Galicia!.... ¡al lado de tu padre!

Amaro. Pero... ¿quien es mi padre?.... ¿mi padre?

Rodrigo. Promete y jura primero la condicion.

Amaro. Prometo y juro. ¡Ahora mi padre!.... ¡mi padre quiero saber!

Rodrigo. Bien ; ¡ tu padre !.... tu padre es....

Amaro. ¿ Quien ? ¿quien ?

Rodrigo. ¡ El mismo Mariscal en cuerpo y alma !

Amaro. ¡ Ah !.... ¡ El mismo Mariscal !

Rodrigo. Que vino solicitando ser tu arquero, para enterarse del estado de defensa del castillo. Ahora.... ¡ Amaro de Vilamelle : tu padre el Mariscal Pardo de Cela jefe de los hermanos de Galicia, me encarga te suplique en su nombre y en el de tu madre, vayas á echarte á sus paternales brazos !

Amaro. ¡ Oh !.... ¡ si, si ! pronto ¿ donde está ?.... ¿ donde ?

Rodrigo. ¡ Calma Amaro.... calma ! ¡ En su dia vengarás á las dos mártires... y abrazarás á tu padre ! ¡ Hoy es imposíble, y mañana... quizá !... ¡ sígueme ! *vanse*)

Escena X.

PEDRO y MARET.

Pedro. Decia pues, señora ; que el hombre para lograr la dicha que apetezca, ha de ser tanto mas arrojado y emprendedor, cuanto mas valga ella.

Maret. ¿ Y la mujer hidalgo ?

Pedro. Lo mismo señora condesa. No debe pararse en obstáculos, ni idear como vencerlos : porque en tratándose del alma igual es el hombre que la mujer, y el corazon no reconoce sexo.

Maret. Sois todo un filósofo.

Pedro. ¡ Ah señora ! mi filosofia es instintiva , tosca, risible si se quiere, pero tengo el defecto de mostrar mis sentimientos tales como son. Acierte ó no, hablo.

Maret. Me place la gente habladora.

Pedro. ¡Oh , señora !

Maret. Sois ademas de filósofo, galante.

Pedro. ¿ Os burlais ?

Maret. ¿ Burlarme ?.... no. ¡ Sentiria que tal creyerais ! Me inspirais sentimientos muy contrarios ; me seria imposible.

Pedro. ¿ Imposible ?

Maret. Sois en estremo discreto y galante caballero. Sois un hidalgo de altas prendas , y en el momento mismo en que os ví adquiristeis las simpatias de mi alma.

Pedro. ¡Oh condesa! me decís palabras que me inundan de placer. ¡Cada una de ellas caen sobre mi corazon, cual gotas de bálsamo vivificador! Me enloquecen de amor, de goce, de deleite, de....

Maret. (*con voz balbuciente*) ¡Señor hidalgo!

Pedro. ¡Oh!.... ¡amo á vuestra voz.... á vuestras sonrisas.... á vuestras miradas.... y á vuestras.....

Maret. ¡Oh, callad! ¡callad!

Pedro. ¡Concededme una espresion, una palabra consoladora! ¡Ah!.... Sois tan bella.... tan amable.... tan hechicera.....

Maret. ¡Oh! ¿que os podré decir, que vos no hayais comprendido?.... ¡Decís que me amais.... pues yo tambien os amo!

Pedro. ¡Oh, Dios mio! ¡tanta será mi felicidad!.... ¡permitid bese vuestras manos, esas delicadas manos de marfil! (*Vá á besarla la mano, y se detiene*)

Maret. ¡Oh, no, no!.... ¡apartaos!

Pedro. ¡Apartarme!

Maret. Si.

Pedro. De esa manera, ¿quedo peor que antes?

Maret. Si.

Pedro. ¿Á que debo haber incurrido para vuestro desagrado, señora?

Maret. Á que os amo.

Pedro. Pues entonces....

Maret. No comprendeis eso. ¿Olvidaís que soy casada?

Pedro. Eso equivale á....

Marét. Á mucho, para que manche un nombre honrroso.

Pedro. ¡Ah!.... si vuestra vida pública no me pertenece, la privada ...

Maret. Es toda vuestra. Mi vida pública, es el sol; la privada, la luna.

Pedro. Esperaré cuando salga la luna para besaros la mano.

Maret. Esperareis.

Pedro. Mirad que será esta noche.

Maret. Esta no; pasado mañana.

Pedro. ¿Yré á vuestra cámara?

Maret. Iréis á mi cámara.

Pedro. ¿Á las doce de la noche?

Maret. Á las doce de la noche.

Pedro. ¡Adios pues Maret; hasta la media noche del martes! (*vase*)

Maret. ¡Adios hidalgo; hasta la media noche del martes! (*vase*)

Fin del segundo acto.

ACTO TERCERO.

SALA principal alfombrada en el castillo de D. Alonso con puertas laterales, y otra de secreta en el fondo. Á la derecha del actor un sillon con el escudo de armas del conde en la parte superior, un taburete, una mesa con tapete encarnado y un candelabro con dos velas encendidas. Á la izquierda del mismo, otro taburete y varios sillones.

Escena primera.

PEDRO y ENRIQUE *por la izquierda.*

Pedro. Nunca mejor ocasion que hoy, para hacer entrega de la carta al conde.

Enrique. ¿Pórque?

Pedro. ¿No nos mandó salir para recorrer las cercanías del castillo con objeto de dar con la condesa Maret, y si se oia algun ruido de armas?

Enrique. Si; pero...

Pedro. ¿Que quieres decir?

Enrique. ¿Que relacion tiene eso con la carta?

Pedro. Mucha. Le diremos que á nuestra esploracion, se acercó un paisano preguntándonos por Amaro llevando en la mano esta carta, y que creyendo la cosa cuestion de amores, le respondí que era yó, y me la entregó.

Enrique. ¡Eso es admirable!... Bien....

Pedro. ¿Viene bien lo uno con lo otro?

Enrique. ¡Diablo! claro está.

Pedro. Punto final, y no hablemos mas de ello.

Enrique. Bueno; no hablemos mas.

Pedro. ¿Sabes que Maret me dió una cita para el martes á media noche?

Enrique. ¿Acudirás?

Pedro. ¡Oh, si, si! ¿Te gusta?

Enrique. No me desagrada. ¿Á quien no le gustan condesitas bellas y poderosas?

Pedro. Á mí.

Enrique. ¿Á tí?

Pedro. Á mí. Si mi corazon no palpitara por otra, quizá no me desagradaria.

Enrique. ¡Ya, ya! tu amor á Ildara, será como el mio; amar por poseer.

Pedro. ¡Oh, no! mi amor á Ildara no se satisface con la posesion; es amor en vida y en muerte.

Enrique. ¡Hombre!.... yo no sé mas que un modo de amar.

Pedro. Tampoco supe otro, hasta que amé á Ildara.

Enrique. Yo amo á la mujer carne, y nada mas.

Pedro. Y yo ahora á la mujer carne y á la mujer espiritu. ¿Cual de las dos te agrada mas, Maret ó Ildara?

Enrique. Ildara. ¡Oh! si con ella pudiera ejercer mi sistema de amor.....

Pedro. Si renuncias bajo palabra de hidalgo al amor de Ildara, te hago dueño de la condesa Maret en la noche de la cita.

Enrique. ¿Nada mas?

Pedro. Me basta.

Enrique. Pues te la doy. La aventura es demasiada interesante para reusarla.

Pedro. Mira; vendrás conmigo hasta su antecámara, y te ocultarás en ella hasta que yo salga. Entonces ...

Enrique. ¿Que?

Pedro. Entras en su cámara.

Enrique. ¿Y al verme?

Pedro. No te verá, porque dejaré la luz apagada.

Enrique. ¿Y al conocerme?

Pedro. No debe amedrentarte eso, porque se postrará á tus pies comprándote el silencio.

Enrique. ¿Y si el plan no satisface á lo pactado, insistiré con Ildara?

Pedro. No me opondré.

Enrique. Vengan esos cinco. (*Alargando su mano á Pedro*)

Pedro. *(Cojiendo la mano de Enrique)* Aunque que quieras los diez.
Enrique. Veremos.
Pedro. Adelante. *(vanse)*

Escena II.

ILDARA y MARET *por la derecha.*

Maret. ¡Oh, que mañana pasé amiga mia! cuando aburrida de estar sola me encuentró frente á frente con uno de los mejores hidalgos.
Ildara. ¿Sabeis cual era?
Maret. ¡Que sé yó!.... iba á saludar á su dama.
Ildara. *(Aparte)* ¡Seria Amaro!
Maret. Vamos Ildara, ¡es imposible que no hayais distinguido á alguno! ¡que no le ameis!
Ildara. ¡Oh, Maret! ¡proferís espresiones que me hacen temblar! Me han dicho que solo debo amar á mi esposo, y apartar hasta la vista de los demas hombres.
Maret. ¡Como huele eso á convento! ¿Quien pretende dominar el corazon como se domina á los vasallos con el látigo? seria una estupidez. ¡Acordaos de aquella infeliz, que amó hasta la sepultura.
Ildara ¡Oh! ¡es verdad! pero la fé fortalece el alma.
Maret. ¡Otra contestacion de abad! Decididamente habeis sido criada entre monjas.
Ildara. ¡Oh! ¿que lenguaje usais?
Maret. El de la verdad. Si contiunais con esas ideas ascéticas, vuestra vida será la historia del dolor y del martirio. Yo preguntaré, ¿á que venimos al mundo? ¿á que?

Escena III.

DON ALONSO y DON SANCHO *por la derecha.*

D. Alonso. *(Como si hubiera oido la pregunta de Maret)* Á ser nuestra dicha y consuelo.
Maret. ¡A hacer la dicha de los hombres! ¿quien hace la nuestra?
D. Alonso. Ellos mismos.
Maret. Entonces unos y otros venimos á gozar?

D. Sancho. Eso mismo.

D. Alonso. Teneis una esposa encantadora Sancho. Siempre alegre y risueña.

D. Sancho. ¡Ah, Alonso! ¡no lo sabeis vos bien!

Maret. Ea pues querida Ildara; si llegais á amar alguna vez, abandonaos enteramente al amor. ¡Oh! ¡no hay cosa como el amor!

D. Sancho. ¡Si, debeis hacerlo Ildara; pero.... que sea á vuestro esposo!

Escena IV.

CRIADO *desde la derecha, y despues* PEDRO y ENRIQUE.

Criado. Señor.... vuestros hidalgos Pedro y Eurique os ruegan les concedais permiso para entrar.

D. Alonso. Que pasen.

Criado. Está bien, señor. (*vase*)

Pedro y Enrique. Señor....

D. Alonso. Entrad ¿Que se ofrece á los hidalgos?

Pedro. Venimos á revelaros un complot horroroso.

D. Alonso. ¿Un complot horroroso?

Pedro. ¡Oh, si! ¡gran señor!

D. Sancho. Sepamos.

Pedro. Cuando salimos para esplorar las inmediaciones del castillo, hemos encontrado á un paisano con un pergamino en forma de carta en la mano y nos ha interrogado si tenia el honor de hablar con Amaro y cual de los dos era.

Enrique. Es verdad, altos y poderosos señores. Ese paisano ademas se conocia habia andado mucho, pues venia cansado y enlodado.

Pedro. Creyendo que la tal carta era una queja de alguna dama enamorada le respondí que si: que era Amaro.

Ildara. (*Aparte*) ¡Ah!.... ¡ama á otra!

Pedro. Cuando al recorrer su lectura halléme que era un documento de conspiracion.

D. Alonso. ¿Donde está esa carta?

Pedro. (*Sacando la carta de su escarcela, y entregándola á D. Alonso*) Aqui.... tomad.

Ildara. (*Aparte*) ¡Oh!.... ¡Amaro!.... ¡Amaro!

D. Alonso. (*Abriendo la carta y enterándose de ella*) Bien.

Maret. (*Aparte á Ildara*) No os asusteis tanto querida amiga.

D. Sancho. ¡Un traidor.... un traidor entre vosotros!

D. Alonso. ¡Un traidor que colgaré en el árbol mas alto de la alameda!

Maret. Ya lo veis Ildara. ¡Un traidor!

Ildara, (*Aparte á Maret*) ¡Oh!.... no, no. ¡Amaro no puede ser traidor! ¡Es una calumnia que estos han forjado, una trama bien urdida!

Maret. (*Aparte á Ildara*) ¡Vos le amanis, si!

Ildara. (*Aparte á Maret*) ¡Oh! ¡le considero incapaz de un crimen tan horrendo! ¡Amaro es muy fiel Maret!

D. Sancho. ¿No habeis concluido de leer aun D. Alonso?

D. Alonso. (*Con la carta en la mano se dirije á la puerta de la izquierda*) Luego, D. Sancho (*llama*) Mauro.... Mauro....

Mauro. (*Dentro*) Señor....

D. Alonso. Subid al punto con cuatro arqueros. (*Vuelvese á la escena*)

Ildara. (*Ap.*) ¡Oh, Dios mio!

Maret. (*Ap. á Ildara*) ¿Os sentís mala? estais tan pálida, que....

Ildara. (*Ap. á Maret*) ¡No.... no Maret!

D. Sancho. Veremos que tal.

Escena V.

LOS ANTECEDENTES, y MAURO *con cuatro guardias.*

Mauro. Señor.... me hallo á vuestra disposicion: aguardando vuestras órdenes.

D. Alonso. ¡Mauro atad codo con codo á estos dos traidores!

Pedro y Enrique. ¡Señor! ¡Señor!.... ¿que haceis?

D. Alonso. Prenderos para ahorcaros incontinenti.

Ildara (*Ap.*) ¡Ah! ¡se cambió la acusacion á los acusados!

Maret. (*Ap. á Ildara*) ¡Ah, Ildara! ¡interceded á su favor!

Ildara. (*Ap. á Maret*) ¡No me atrevo!

Pedro. ¡Ah, señor! ¿es delito seros fiel? ¿es delito denunciaros á un traidor?

D. Alonso. Y bien.... ¡Desgraciados! ¡si os delatais á vosotros mismos!

Pedro. ¡Como delatarnos, señor!

D. Alonso. Me presentais una carta en prueba de la traicion de un buen hidalgo....

Ildara. (*Ap.*) ¡Oh, si!... ¡de un buen hidalgo!

D. Alonso. Y esta carta, es prueba evidente de la imputacion que habeis formado contra al fiel y leal Amaro. Esta carta, es vuestra.

Pedro y Enrique. ¡Nuestra!

D. Alonso. ¡Vuestra!.... ¡vuestra vive cristo! ó si no, ¿quien sabe leer?

Pedro. Enrique señor.

D. Alonso. (*Entregando la carta á Enrique*) Leéd.

Enrique. (*Toma la carta, y la abre*) ¡Esta no es mi letra!

D. Alonso. Leéd.

Enrique. (*Lee*) «Puertomarin veinte y cuatro Mayo. Mis estimados hermanos de Galicia Pedro y Enrique: He llegado al frente de los mios, para unirnos al ejército que manda Merino de Mondoñedo. Contamos con vuestras espadas para la entrega del castillo de D. Alonso, el jueves sin falta; para lo que muy en breve nos hallarémos todos reunidos, Habeis recibido cuarenta mil maravedis que es la mitad de lo pactado, y se os entregarán los cuarenta mil que os faltan en el propio jueves, dia del asalto y rendicion. ¡Salud y valor! vuestro hermano, El Mariscal Pardo de Cela.» (*Mirando á Pedro*) ¡Infelices de nosotros! ¡es un castigo de la providencia, sin duda!

Pedro. ¡Oh, desgraciados! ¡desgraciados de nosotros!

D. Alonso. (*Quitando la carta de las manos de Enrique*) Ahora; que os administre un confesor los consuelos de la religion, y que la alameda reciba vuestros cuerpos traidores.

Pedro y Enrique. (*Cayendo de rodillas à las plantas de D. Alonso*) ¡Oh, señor! ¡somos inocentes!... ¡inocentes!

Maret. (*Aparte á Ildara*) ¡Ah, querida Ildara! ¡librémoslos de la muerte!

Ildara. (*Aparte á Maret*) ¡Decid á D. Sancho que se interese por su suerte, y salvemoslos por el cielo!

D. Alonso. ¡Nada!.... ¡que cumpla el verdugo su cometido!

Pedro y Enrique. ¡Oh, señor!.... ¡somos inocentes!

Maret. (*Á D. Sancho en voz baja*) ¡Señor!... ¡interceded por ellos!

Ildara. (*Á D. Sancho en voz baja*) ¡Tambien os lo suplico D. Sancho!

D. Sancho. (*Á Ildara y Maret*) Bien; cumpliré vuestro gusto.

Ildara y Maret. (*Postradas de hinojos á los pies de D. Alonso*) ¡Señor!... ¡Sed clemente y piadoso por esa vez! ¡perdonadlos señor!

D. Sancho. ¡Vuestra escesiva bondad D. Alonso, debe en tan supremo momento contar otro rasgo que redunde en favor de estos hidalgos, que su mala estrella ha conducido á las gradas primeras de un patíbulo! ¡perdonadles y se correjirán!

Pedro y Enrique. ¡Piedad, oh gran señor!.... ¡piedad!

D. Alonso. ¿Hasta vos D. Sancho, teneis el corazon de dama?.... ¡Sea! ¡quedan perdonados!.... Alzaos todos. (*Todos se levantan*)

Pedro y Enrique. ¡Gracias, señor!... ¡gracias!

D. Alonso ¡Á cumplir con el deber!... ¡Y vos Mauro, con el vuestro! (*Vanse Pedro, Enrique, Mauro, y los arqueros, por la izquierda*)

Ildara y Maret. ¡Tambien os las damos, señor!

D. Sancho. ¡Sois compasivo, y os doy mi parabien!

D. Alonso ¡Os son deudores de su existencia!

D. Sancho. ¡Una obra meritoria mas ante los ojos del mundo, y de Dios! (*Vanse todos por la derecha*)

Escena VI.

AMARO *por la izquierda.*

¡Ah!.... ¡ya llegué al punto de mi quietud! ¡aquella zozobra, aquel tormento que incesantemente me hostigaba por saber quien era mi padre verdadero de mi padre supuesto, ya dejó de inquietarme!.... me dejó en paz, tranquilo. ¡Otro tormento no menos horrible viene á turbar el reposo de mi alma, pero con resignacion y menos sufrir puede facilmente soportarse!.... el amor á la condesa Ildara. ¡Un amor profundo, arraigado y santo en todas sus partes, pero imposible, ilusionario y dependiente de aventuras!.... ¡Cuando el alma del hombre ama, queda ciego el espíritu que dá vida á su cuerpo! ¡Cuando padece el corazon, se convierte en inutilidad para generalidades, y en ingrato de particulares menos del objeto escepcional que es causa de su padecimiento! ¡Ostenta en su afligido rostro la propia soledad vital, la melancolía, el sentimiento profundo, la desgracia, el desprecio, el mal humor y la humillacion! ¡Cuan digno de compasion debe ser á los ojos de sus hermanos con igual condicion de mortales, pero no de situacion!.... ¡Oh, si! ¡Seres que nacen infelices, y arrastran su infelicidad hasta en su misma tumba! ¡Seres que vienen al mundo, solo por padecer; por esperimentar en el curso de su vida agonizante, por única alegria ... el martirio! ¡por consuelo.... el dolor!

Escena VII.

DICHO, é ILDARA *con una rosa en el pecho.*

Ildara. ¡Muchos enemigos que os quieren mal teneis, hidalgo!

Amaro. ¡Oh, señora!... ¡muchos tengo que me quieren mal, pero lo singular es que entre ellos pase por el amante feliz, cuando soy el desgraciado!

Ildara. ¿Á ellos, que les importa vuestra felicidad?

Amaro. Lo que á un rival, la dicha de otro.

Ildara. ¿De modo, son vuestros riva es?

Amaro. Son.... mis rivales, señora.

Ildara. ¿Pedro y Enrique?

Amaro. ¡Sabeis quienes son! ¿como lo sabeis?

Ildara. Hace poco; pues presentáronse al conde acusándoos de traidor.

Amaro. ¡Ah!.... ya me lo ha contado Mauro, diciéndome que si no es por vuestra poderosa intercesion y la de la señora condesa Maret, los manda colgar el conde en la alameda: además, que una circunstancia milagrosa descubrió mi inocencia, encontrándose los acusadores acusados ¡Oh! ... ¡le confesarian que os amo!

Ildara. ¿Que vos me amais? eso no sé si lo han confesado: sin embargo, es cosa que considero insignificante en tan supremos momentos; en tan críticos instantes, en tan apurados trances. No hago mal á nadie, y nadie debe desearme mal.

Amaro. ¡Seguramente que nadie os deseará mal, señora! ¡Seria un delirio imaginar contra vos, contra un angel, ninguna queja!

Ildara. ¡Un angel, hidalgo!

Amaro. ¡Un angel como vos, señora! ¡pues vos tanto en el alma como en cuerpo, me pareceis un verdadero angel del cielo!.... ¡Oh! si supierais como os consideré una noche, y como os he amado desde entonces....

Ildara. ¡Hablad! ... ¡hablad!

Amaro. Lamentándome de mi suerte en varias veces, pensaba en el morir como se piensa en un bien, en una dicha que borra de una vez todos los pesares que atormentan y aflijen. Padecí en una noche, cuanto puede sufrir y soportar el corazon humano en medio de las desdichas mayores y sentimientos imaginables. Menguados labios pronunciaron cierta revelacion tan dolorosa y punzante para mi, como vil é insultante para el que

la revelaba. ¡La deshonra y muerte de una niña de quince años á quien yo amaba con toda la efusion de mi alma; con toda la ternura de mi corazon, con toda la santidad de un amor inmaculado y puro! ¿Y ese mismo hombre me lo decia á mi.... á mi, que la queria tanto! ... ¡Apenas desfalleció y falto de toda fuerza comenzaba á reponerme y arrojaba el guante de muerte sobre la boca del asesino, otra no menos cruel me abrumó con su punzante peso! ¡Una hermana tambien joven murió deshonrada por otro hombre! ¿Y las dos no pudiendo sobrevivir á su deshonra.... se envenenaron!

Ildara. ¿Dios mio!

Amaro. ¡Se envenenaron encerrando en la tumba el secreto de su muerte, juntamente con el de su deshonra!

Ildara. ¡Oh! ¡que horroroso es eso, Jesus!

Amaro. ¡Ah, señora! perdonadme. ¡Yo estoy abusando de vuestra bondad sin límites inconsideradamente, narrándoos una amarga historia que afecta á vuestra sensibilidad!

Ildara. ¡No me pedis perdon, de lo que no he de perdonaros, Amaro! ¡Os compadezco mucho, y. .. juzgo lo que habreis sufrido!

Amaro. Solo cuando os ví el dia que me tocó de centinela....

Ildara. ¡Ah! ya recuerdo.

Amaro. Huyó á vuestra vista el dolor y angustia de mi corazon. Se despejó mi frente, y solo tuve pensamientos de amor hácia el ángel enviado de Dios en mi ausilio. ¡Oh!.... ¡que pensamientos! ¿que ilusiones! ¿que sensaciones tan dulces!.... ¡Mirandoos, todo lo olvido: crímenes y venganzas! ¡todo es nada para mi! (*Arrodillándose ante Ildara*) ¡Ahora os ruego el perdon, y os doy las gracias por el interés y ternura con que me habeis escuchado! ¿Os pido vuestro amor.... porque es una de esas aventuras celestiales que no pertenecen á la tierra!

Ildara. ¡Alzaos por Dios, Amaro!... ¡alzaos!

Amaro. ¿Oh! pronunciad una palabra que me haga feliz, que me consuela en el resto de mi vida! ¿decidme que me amais!

Ildara. ¡Oh! . . ¿alzaos, que vá á venir el conde! ¡huid por Dios!

Amaro. ¿Esa palabra y huiré! ¡esa palabra, condesa Ildara!

Ildara. (*Ap.*) ¡Cielos, que tormento!

Amaro. ¿Ah! ¿decidla!.... ¿pronunciadla!

Ildara. Pues bien.... ¡os amo!

Amaro. (*Se levanta y dirije los ojos al cielo*) ¡Oh!.... ¡gracias, señor! (*vase.*)

Escena VIII.

ILDARA y D. ALONSO, *por la derecha.*

D. Alonso. ¿Aun estais aqui, condesa?

Ildara. (*llorando*) ¡Oh, señor! ... ¡señor! ¡he de comunicaros una cosa terrible!

D. Alonso. ¿Terrible?

Ildara. ¡Muy terrible, señor!

D. Alonso. ¡Hablad!.... ¡hablad! ¿que os pasa?

Ildara. ¡Libradme, señor!.... ¡libradme por vuestra felicidad presente y futura del abismo que veo á mis pies! ¡de una pasion loca... profunda... hondamente arraigada... que me despedaza el corazon, y me aniquila el alma!.... ¡libradme del crimen que voy á cometer.... continuando en amar á otro!

D. Alonso. ¿Á otro?.... ¡ah!.... ¡vuestra melancolia y vuestra tristeza, no era por el amor á Dios; sino por el amor al hombre!.... ¡amor á otro!

Ildara. ¡Oh, si! ¡amor á otro!

D. Alonso. ¿Quien es ese hombre? decid: ¿quien?

Ildara. ¡Ah, señor! ¡él lo ignora!

D. Alonso. ¡Como!

Ildara. ¡Si: porque el mal está aqui! (*señalando el corazon*) ¡He sufrido tanto y tanto señor en las luchas que he sostenido del amor á Dios al amor al hombre.... he llorado tanto y tanto á impulso del dolor que me abatia.... que ya no queda una lágrima á mis hojos que verter!... ¡cuantas veces si este dolor no me sujetara como una fuerte cadena, me hubiera echado á los pies de ese hombre implorando un poco de amor para mí, por el inmenso que yo le tengo!.... ¡cuantas veces hubiera enjugado sus lágrimas, porque le he visto llorar cual un niño!

D. Alonso. ¿De amor?

Ildara. No: ¡los hombres no lloran de amor!

D. Alonso. ¿Debajo la ventana de vuestro oratorio?

Ildara. ¡Si: porque es un hidalgo!

D. Alonso. ¡Su nombre! ¡su nombre!

Ildara. ¿Que os importa su nombre?

D. Alonso. ¡Mucho, condesa Ildara!

Ildara. ¡Nada, conde D. Alonso!

D. Alonso. ¡Quiero saberlo, y.... lo sabré!

Ildara. ¡No que mi boca os lo revele!

D. Alonso. Un convento os espera, y....

Ildara. Me conformo con mi suerte. ¡Le quiero tanto... que se exhalaria mi alma en un beso de amor en su frente!

D. Alonso. ¡Ildara!

Ildara. D. Alonso; mi fé vacila, y.....

D. Alonso. ¡Estad dispuesta para partir dentro de ocho minutos!

Ildara. ¿Á donde?

D. Alonso. ¡Al convento!

Ildara. ¿Y despues?

D. Alonso. ¡Á colgar á vuestro hidalgo! (*Vase precipitadamente*)

Ildara. ¡Oh, gran Dios! ¡salvadle!.... ¡salvad al hombre, que tanto adoro!

Escena IX.

AMARO y RODRIGO.

Ildara ¿Á donde vais Amaro?

Amaro. ¡He venido, por daros el último adios!

Ildara. ¡Como!.... no os comprendo...

Amaro. ¡Si!.... Á daros el último adios, porque la sangre de mi padre me llama al combate para luchar á su lado. ¡Y primero es un padre.. que mil condes, señora!

Ildara. ¡Partís!

Amaro. Hoy mismo.

Rodrigo. Es fuerza partir.

Ildara. ¡Oh!.... ¡partís!

Amaro. ¡Para no volveros á ver jamás!

Ildara. ¡Para siempre!.... ¡para siempre abandonais á la mujer que tanto sufre y padece por vos!

Amaro. ¡Oh!.... ¿tanto me amais?

Ildara. ¡Con alma, vida y corazon!

Amaro. ¡Que felicidad!

Rodrigo. Amaro; se acerca la hora, y es priso partamos

Ildara. (*Entregando la rosa á Amaro*) ¡ Tomad como á prueba, y conservad esta rosa!

Amaro. (*Tomando la rosa, y besándola repetidas veces*) ¡ Oh!.... ¡ ya me es imposible partir, Rodrigo!

Rodrigo ¿ Y tu padre?

Amaro. ¡ Ah!.... ¡ que me recuerdas!

Rodrigo. Es que espera....

Ildara. ¡ Pensad en mí, en la mujer que os adora, aunque sea solo una vez al dia. Amaro!

Amaro. ¡ En cada momento.... en cada instante!... ¡ enojosa me seria sin vos.... hasta la vida!

Ildara. ¡ Yo suplicaré al cielo que guie vuestros pasos, desde mi celda; en la Iglesia de mi convento!

Amaro. ¿ Vos á un convento?.... ¿ vos monja?

Ildara. ¡ Asi lo quiere mi suerte!

Amaro. ¡ Imposible!.... vos me engañais ¡

Ildara. ¡ No; no os engaño, Amaro! ¡vos partiréis.... y yó para mi convento de Ferreira! ¡ hallaréis mi amor imprimido en esa rosa, y yó hallaré el vuestro en la soledad de mi clausura; en las doradas ilusiones de mis sueños en el lecho monástico!... ¡ allí entre las mil imágenes que me ofrecerá la reflecsion, escojeré la vuestra; la de mi querido Amaro, haciendo centinela pensando en mi amor incierto!

Amaro. ¡ Oh! ¡callad! ¡ callad por Dios, Ildara! ¡ no me hableis de clausuras, porque me haceis mucho daño, y me herís en lo mas hondo de mi enamorado y frenético corazon!.... ¡ Ah, Ildara! ¡ si comprendierais cuanto os amo.... no os hubiera dado la locura de meteros monja!

Ildara. Empañar el lustre de la honra de D. Alonso, es preferible y os debe ser mas grato el haber tomado esa medida. ¡ Quizá venga un dia en que la desgracia se trueque en fortuna, y entonces gocen nuestras almas de las delicias que ofrece un amor puro y apasionado como el nuestro!

Amaro. Ese dia, ¿ cuando llegará?

Ildara. ¡ Quien sabe, si está lejos! (*Se oyen pasos*) ¡ Ah! me parace haber oido pasos.

Rodrigo. Si; alguien se acerca.

Ildara. ¡ Oh!.... ¡huid, que es el conde!... ¡ huid!

Amaro. (*Desanvainando su espada*) ¡ Desgraciado del que se atreva á poner aqui los pies!

Ildara. ¡ Por el cielo huid, Amaro! ¡ no me comprometais por el amor que os profeso! ¡ por la sangre de vuestra desgraciada hermana os lo ruego! por la de....

Amaro. (*Envainando la espada*) ¡ Dios eterno!

Ildara. ¡ Huid, ó temed el furor del conde! ¡ yó le acabo de manifestar el amor que tengo á un hidalgo, y os mandaria dar una muerte atroz pensando que sois vos!.... ¡ fugaos mientras estais á tiempo; marchad, yo os lo mando!

Amaro. ¡ Vos me lo mandais!

Ildara. ¡ Si, si; yo os lo mando! ¡ Vos no podeis desear sea víctima de su ira, y es segura si el conde os encuentra aquí!.... ¡ partid!.... ¡ partid al punto!

Amaro. ¡ Antes de separarme para siempre de vos, permitidme al menos estampe en vuestra mano un beso de mis ardientes labios!

Ildara. (*Alargando á Amaro una de sus manos*) ¡ Con todo mi corazon!. ¡ Tomad!

Amaro. (*Cojiendo la mano de Ildara, y llenándola de besos*) ¡ Oh!.... ¡ gracias!.... ¡ gracias!

Ildara. ¡ Partid ahora.... y que el cielo os ilumine!

Rodrigo. (*Ap.*) No habrá concluido aun.

Amaro. ¡ Adios.... Ildara!

Ildara. ¡ Adios.... Amaro!

Rodrigo Es ya de paso la hora, Amaro. (*Ildara y Amaro se miran inmoviles un momento, como si no pudiesen articular palabra.*)

Ildara. ¡ En el convento de Ferreira!

Amaro. Yo.... ¡ con los hermanos de Galicia! (*Vanse Amaro y Rodrigo precipitadamente.*

Ildara. ¡¡ Ah !! (*Se cae sentada en un sillon.*)

Escena X.

ILDARA y D. ALONSO.

D. Alonso. (*Desde la puerta, hablando con otra persona de dentro*) Conducid los caballos fuera del castillo.

Ildara. ¿Ya estais aqui? sois muy diligente. Me agradais por sola esa cualidad. ¿Hemos de ir á pié, ó á caballo?

D. Alonso. ¡Luego os sacaré de dudas!

Ildara. Cuando gusteis, pues.

D. Alonso. Al momento.

Ildara. (*Arrodillándose, y elevando las manos al cielo*) ¡Oh, suprema omnipotencia! ¡si por ante tu divína magestad no ha de servir de falta la súplica de una mujer desgraciada en su amor, cúmpleme pedirte salves al hombre que tanto quiero: que tanto adoro! (*Levantándose y dirijiéndose á D. Alonso*) ¡Vamos!.... ¡vamos! (*vánse*)

Escena XI.

D. SANCHO *por la derecha con una carta en la mano.*

¡Que comunicacion tan funesta contiene esta carta!.... ¡Maret adúltera por segunda vez! ¡oh! eso es irresistible: ¡es morir penando y lentamente como un criminal en el martirio!.... ¡mi madre tambien fué adúltera.... y esta daga (*señalando la que trae pendiente en el cinturon*) puso fin á sus criminales dias!.... ¡esta daga que bajo juramento ante Dios y mi padre moribundo, prometí conservar como una memoria!.... ¡esta daga que D. Alvaro me legó, espirando con las palabras de.... «¡Hijo mio: si algun dia supieras que alguna de tus esposas vá á serte infiel, mátala antes que empañe el lustre de nuestra honra como lo hize con tu madre! ¿Me lo juras?» si; padre mio contesté. Y acabadas de pronunciar, se entregó en los brazos de la muerte. ¡Oh!.... ¡padre mio! (*Se dirige á la derecha y llama á su paje*) Tristan ... Tristan....

Tristan. (*Dentro*) Señor....

D. Sancho. (*Vuelve al proscenio, y se sienta.*) He de buscar un medio, que sea seguro.

Escena XII.

TRISTAN *desde la puerta.*

Tristan. ¿Me habeis llamado, señor?

D. Sancho. Si. Aprocsímate y toma asiento á mi lado.

Tristan. Señor....

D. Sancho. Acércate y siéntate.

Tristan. (*Se sienta junto á D. Sancho*) Obedezco.

D. Sancho. ¿Quien de vosotros sabe escribir?

Tristan. Señor.... creo que ninguno.

D. Sancho. Recuérdalo bien.

Tristan. Ninguno; escepto yó, señor.

D. Sancho. Tú ... si, es verdad. Tú sabes escribir.... pero esta letra no es tuya. (*Le muestra la carta*)

Tristan No señor.

D. Sancho. Bien Tristan; no es tu letra. Pero, ¿la conoces?

Tristan. Me és desconocida.

D. Sancho Ya lo indagaré mas tarde Dí Tristan: ¿Cuando te conocí que edad tenias?

Tristan. ¡Ah, señor! trece años.

D. Sancho. ¿Como estabas?

Tristan. Colgado á un arbol sirviendo de blanco para las flechas de seis inhumanos hombres Oisteis mis gritos y mis ayes, y no titubeasteis en arremeterlos espada en mano y salvarme.

D. Sancho. Otra vez tambien te salvé la vida.

Tristan. En el Támaga, señor. Hará un poco mas de un año.

D. Sancho. ¿Que te dije?

Tristan. « Tristan, van dos »

D. Sancho. ¿Y tu, que respondiste?

Tristan. « Si algun dia necesitais mi vida, podeis disponer libremente de ella. »

D. Sancho. Perfectamente (*Tendiendole la mano.*) Toma.

Tristan (*Le besa la mano*) Gracias mil, señor.

D. Sancho. (*Levantándose*) Tristan; es preciso que mueras.

Tristan. (*Tambien levantándose*) ¡Señor!

D. Sancho. Morirás no por un capricho de un señor, sino por salvar mi honor bajamente ultrajado por una muger.... ¡infame!... Mira; cuando yo entre en la cámara de Maret, y grite: « Alvaro » entrarás, y al retirarme darásla de puñaladas hasta que espire. Despues te presentarás á D. Alonso con el puñal ensangrentado confesando tu crimen, y pedirás la muerte diciendo, que la has asesinado porque tu la amabas y ella no correspondia. Y cuando me enteren de tan sangrienta escena informándome

de que tu eres el criminal, si te mando despeñar ó hacerte cuartos, morirás sin decir ... ay, siquiera.

Tristan. Bien.

D. Sancho. ¿Tendrás valor?

Tristan. ¡Oh! ya lo vereis.

D. Sancho. Asi; nadie sabrá el porque ha muerto.

Tristan. Permitid señor, que de rodillas reitere el beso en vuestra mano.

D. Sancho. ¡Oh, querido Tristan!... ¡Toma!.. ¡toma! (*Tendiéndole la mano.*)

Tristan. (*Le besa la mano*) ¡Ahora dejadme, que vaya á orar por vos, por mi madre, y por mi.

D. Sancho. ¡Vete .. y que Dios oiga tus oraciones!

Tristan. El os guarde. (*vase*)

D. Sancho. ¡Que ruega por su alma! (*Vase á ocultarse, en la puerta secreta del fondo. Es de noche, y alumbran la escena las dos velas del candelabro que hay sobre la mesa. Oyense doce campanadas*)

Escena XIII.

MARET *por la derecha; luego* PEDRO, *despues* ENRIQUE *por la izquierda, y ultimamente* D. SANCHO.

Maret. Acaban de dar las doce, y aun no está aqui. ¡Quien fia en la palabra de los hombres!

Pedro. (*Desde la puerta de la derecha, hablando en voz baja con Enrique*) Aqui te esperas.... y á lo dicho.

Enrique (*Dentro*) Bien. No te olvides de pagar aquellas luces.

Maret. (*Sentándose*) ¡Cuanto tarda!

Pedro. (*Entrando*) No es mucha mi tardanza.

Maret. ¡Ah!.... ¿ya estais aqui?

Pedro. ¿Como no estar á vuestro lado, cuando es una felicidad que envidian hasta los mismos ángeles? ¡Hay tanto amor en vuestras miradas... tanta amabilidad y encanto en vuestras dulces sonrisas.... que sois capaz de embriagar de la pasion mas vehemente y del placer mas delicioso, al de corazon mas duro y alma menos sensible!

Maret. Teneis palabras de amor, que me fascinan y enloquecen. ¡Sois tan

adorable hablando, que se puede echar al hondo abismo del olvido, todo cuanto existe!

D. Sancho. (*Dentro*) ¡Oh!

Pedro. ¿Todo?

Maret. ¡Todo!

Pedro. ¿Y vuestro esposo?

Maret. ¡Eso, jamás!

Pedro. ¡Oh! ¡ya no me amais!

Maret. Si, os amo. Pero amar no es olvidar el honor.

Pedro. ¿Que es la honra para las delicias de amor?

Maret. Lo que el amante para el esposo.

Pedro. ¡Yo os amo ciegamente, y vos me dijisteis que me amabais: y como prueba me citasteis aqui. ¿No es verdad?

Maret. Ciertamente.

Pedro. ¿Entonces, porque tantos reparos y blasonar tanto de honor, señora? El amor, no admite esa palabra de honor. Por lo tanto, me....

Maret. ¿Os quereis marchar por eso?

Pedro ¿Que he de hacer?

Maret. Hablarme de amor.

Pedro. Jugais y os reis de mis palabras, Maret.

Maret. ¡Oh,! no os marcheis. Estais muy enfadado y quiero desenfadaros. ¡Venid amor, de mis amores! ¡yo os quiero.... os adoro!

D. Sancho. (*Dentro*) ¡Miserables!

Maret. ¡Oh, querido mio! ¡todo lo olvido por ti!

Pedro. Si proferis el nombre de....

Maret. No, no. ¡Ven y reclina tu cabeza sobre mi pecho latente de emocion.! ¡Dame tus manos para estrecharlas en las mias!.... ¿Que es el honor en la soledad en que nos hallamos, y en medio del fuego que nos abrasa?.... ¡Ven que arde tu frente, y palpita tu corazon como el mio! ¡Tus ojos fijos en mis ojos, hacen estremecer todas las fibras de mi enamorado pecho!... ¡Todas las delicias de este mundo se reasumen en una mirada tuya, amado mio! ¡Ven y deposita con un beso de amor sobre mis labios trémulos de placer, todas las emociones de tu alma!.. ¡Oh! ¿á donde vas?

Pedro. (*Apaga las dos velas*) Á asegurar mas el resorte de aquella puerta. (*Se dirije á la puerta de la derecha*) (*En voz baja á Enrique*) Entra, que ya es tuya. (*vase*)

Enrique. (*Entrando lentamente. Aparte*) ¡Ah! ¡si sale mal Pedro!

Maret. ¿A que apagas la luz, encanto mio?

(*D. Sancho abre con cuidado la puerta, entra y se acerca poco á poco á ella, hasta estar á su lado. Enrique se dirije hácia donde está D. Sancho, con el fin de dar con él.*)

D. Sancho. (*Aparte*) ¡Oh! ... ¡cúmplase la voluntad del cielo!

Maret. ¡Ven adorado mio! ¡no temas que mi esposo nos sorprenda, no! ¡Oh, cuanto te hecho padecer con mi desdén, amante mio! ¡yó compensaré tu tormento estrechándote entre mis brazos! ¡acércate; el amor es el camino del cielo! ¡yo te haré feliz con mi amor! ¡yo llenaré de besos tus megillas y enjugaré tus lágrimas con el paño del placer y del deleite! ¡oh, querido mio!

(*D. Sancho se encuentra con Enrique, le empuja hácia la puerta secreta, y le encierra. Despues vuelve à la escena, desenvaina la daga, y va á sentarse junto á Maret*)

D. Sancho. (*Aparte en voz baja*) ¡No te escaparás! ¡eres prisionero¡

Maret. ¿Que haces?.... ¿á donde vas otra vez?... ¡Oh!.... ¡tanta felicidad te enloquece de veras!

D. Sancho. (*Aparte, y en voz cuasi imperceptible*) ¡Mucha!.... ¡infinita!

Maret. (*Cojiendo la mano de D Sancho*) ¡Temes á mi marido que venga.... y si asi fuera yo le haria temblar, mas que tu tiemblas de amor en este instante! ¡oh! ¡no te dé cuidado alguno querido mio!.... ¡que hermoso eres! ¡dame.... dame un beso de ese cariño silencioso!

D. Sancho. (*Acerca la punta de su daga á la cara de Maret*) ¡Oh!

Maret. (*Aproxima su cara para recibir el beso, y se halla con la punta de la daga de D. Sancho*) ¡Dios mio! (*Se levanta precipitadamente, corre á buscar una luz, vuelve con élla y la deja sobre la mesa. D Sancho permanece sentado, y la escena vuelve estar iluminada como en su estádo normal ó de costumbre.*)

D. Sancho. ¡Ahora verá con luz, la cara de su amante en ilusion!

Maret. ¡Ah!

D. Sancho. Aproximaos, señora. (*Envainando la daga*)

Maret. Oh, señor.... perdon

D. Sancho. Tengo que hablaros mucho y no quiero esteis en pié. Sentaos.

Maret. (*Se sienta*) ¡Señor!

D. Sancho. ¿Sabeis la historia de esta daga?

Maret. ¡Os la he oido referir varias veces!

D. Sancho. Recurrid á vuestra memoria, y contádmela vos ahora.

Maret. ¡Oh, señor!

D. Sancho. Hablad. ¿á quien perteneció?

Maret. Á vuestro abuelo y á vuestro padre.

D. Sancho. ¿Cual fué la última que sucumbió, á su cortante acero?

Maret. La de vuestra madre.

D. Sancho. ¿Y cual fué el motivo que impulsó á mi padre, á descargarla con toda su fuerza al cuello de su esposa?

Maret. ¡Ah, señor!

D Sancho. ¡Respondad!

Maret. ¡Su deshonra!

D. Sancho. ¿He cumplido con las palabras que pronunció antes de morir?.... ¿cumplí con mi juramento, cuando ya por otra vez os sorprendi en brazos de otro amante?

Maret. ¡Oh,!.... ¡señor ... señor!

D. Sancho. Hablad.

Maret. ¡Perdon!.... ¡perdon, por Dios!

D. Sancho. ¡Contestad!

Maret. ¡No, señor!... ¡habeis faltado á él!.... ¡Os compadecistes de mí, y llorasteis mi falta!

D. Sancho. Y en recompensa, ¿que hicisteis?

Maret ¡Juré solemnamente delante de un crucifijo no olvidaros jamás, y no volveros á faltar á la fé que os prometí en la grada del altar!

D. Sancho. Despues de perpetrado el delito y otorgaros mi perdon, ¿que os dije?

Maret. «¡Maret tu eres joven y bella, y yo un anciano de cincuenta años pero, te amo mas que nadie!»

D Sancho. Ahora; ¿que debe hacer un hombre que por dos veces le han puesto entre su honor desgarrado y ultrajado por una infame mujer, y el cariño inmenso que profesa á la que asi lo menosprecia y en menguada hora lo deshonra?

Maret. (*Arrodillándose á los pies de D. Sancho*) ¡Señor!.... ¡piedad!... ¡piedad!.... yo os juro que....

D. Sancho. ¿De que sirven vuestros juramentos, si los profanais á la hora

de haberlos prestado ?.... ¿ que valor tienen.... que son vuestras promesas ?.... ¡ nada : nada !.... ¡ vais á morir, y disponed vuestra alma para comparecer ante el juez supremo mas recto que yó !

Maret. ¡ Oh. señor !.... ¡ por el mismo honor de vuestro nombre, os recomiendo no deis escándalo con mi muerte ! (*Se levanta*)

D. Sancho. (*Dirijiéndose á la puerta secreta*) ¡ No daré escándalo, ni nadie sabrá que habeis muerto por adúltera ! "

Maret. ¡ Oh ! ¡ esperad un instante ! ¡ esperad señor !

D. Sancho. ¡ Arrodillaos y orad ! ¡ que se os acerca la hora !

Maret. (*Se sienta lentamente en un sillon*) ¡ Ah !

D. Sancho. (*Abriendo de par en par la puerta secreta*) Salid.... salid hidalgo.

Enrique (*Echándose de rodillas á los pies del conde*) ¡ Oh, señor !... ¡ tened misericordia de mí !

D. Sancho. ¡ Alzaos.... ya la tendrá Dio !

Enrique. ¡ Piedad ! ... ¡ piedad de mí ! (*Se levanta*)

D. Sancho. (*Le coje por un brazo, y le conduce hasta la puerta de la izquierda*) ¡ Seguid ! ... ¡ seguid !

Enrique. ¡ Por el amor que teniais á vuestro padre compadeceos de mí !

D. Sancho. (*Llamando*) Mauro.... Mauro ...

Mauro. (*De dentro*) Señor....

Maret. (*Aparte*) ¡ Ah, infeliz de mí !.... ¡ desgraciada !

D. Sancho. (*Hablando con Mauro*) ¡ Desde aqui.... á colgar à este en un árbol de la alameda ! ¿ Lo entendeis ?

Mauro. Bien, señor.

D. Sancho. Ahora ; idos con Mauro.

Enrique ¡ Oh ! (*vase*)

D. Sancho. ¿ Habeis orado bastante Maret ?

Maret. ¡ Oh, conde !... ¡¡ conde !!

D. Sancho. (*Desnudando la daga*) ¿ Estais pronto á espirar la culpa ?

Maret ¡ Por Dios !.... ¡ sed clemente y generoso como él !.... ¡ perdon ! ¡ perdon !

D. Sancho. (*Levantando la daga para herirla*) ¿ Estais dispuesta á morir ?

Maret. ¡ Oh, virgen santa !.... ¡ Sancho !.... ¡¡ Sancho !!.... ¡ un abrazo antes de perecer.... un abrazo señor, por la sangre de vuestro padre !

(*Se levanta*)

D. Sancho. (*Vacila un momento antes de darle el abrazo*) ¡ Tomad !

Maret. ¡ Oh, gracias ! . . ¡ cumplid vuestro deber !. .. ¡ matad á la adúltera, y que se apiade Dios de su alma ! (*Vuelve á caer sentada*)

D. Sancho. (*Cayendosele la daga de la mano*) ¡ Álvaro y Alonso !... ¡ ilustres antecesores mios ! ¡ soy un vil y un miserable ! .. ¡¡ la adoro tanto.. y no puedo matarla !! (*Vase otra vez á la puerta secreta del fondo y la cierra*)

Maret. ¡ Oh, divina providencia ! ¡ salvadme ! ... ¡ misericordia !.... ¡ misericordia señor ! ...

Escena XIV.

TRISTAN *por la derecha puñal en mano avanzando hacia donde está Maret, hasta colocarse detrás del sillon en que está sentada.*

Tristan. (*Aparte*) ¡ Que mision tan dolorosa es la mia !.... ¡ matar á sangre fria y sin causa, por morir despues desguartizado sin despegar los labios ! pero, el conde me lo manda.. . y he de cumplir y obedecer ! (*Levantando el puñal*) ¡ Oh ! ... procuraré dirigir la primera recta al corazon, paraque no dé ni un grito siquiera. (*Le dá dos puñaladas y vase precipitadamente*)

Maret. ¡ Ah !.... ¡ asesinos !.... ¡ asesinos ! .. ¡ Oh, perdon Alonso ! (*En voz cuasi imperceptible*) ¡¡ perdon !!.... (*Espirando*) ¡¡ Ah !!

D. Sancho. (*Abre la puerta de un empujon, junta las manos y dirije los ojos al cielo*) ¡ Ya expió su falta, señor !.... ¡¡ perdon Álvaro !! ¡¡perdon !

Fin del Drama.